

CLEROMANÍAS

Estudio de economía y biología social comparadas

Al Sr. D. José Canalejas Méndez,
Jefe del partido demócrata liberal.

En España todos somos clerómanos, picados unos de la clerofobia, otros de la clerolatria. En ambos campos hay especuladores y en ambos hay también parásitos, zánganos, capitanes manaya y traidores. Hay clericales que por no hallar el clero bastante clerical, se hacen cleróforos del género Nocedal, cuyo mayor deleite era mascar la carne de los curas de El País, no por ser de El País, sino por ser curas. Hay anticlericales que por no hallar en sus correligionarios la dosis apetecida, se hacen clericales, y entre ellos imagino que se hallan D. Antonio Maura y Melquiades Alvarez. Hay quien desde el campo clerical presta excelentes servicios al anticlericalismo, verbi gracia, los jesuitas; hay, al revés, en el campo contrario, excelentes fautores del clericalismo. El microbio es el mismo: sólo cambia de función maniática.

Pero entre todas estas manías hay una clase pésima de maníacos, incurables por punto general, y son los que padecen el horror de parecer clerómanos, y que podrían llamarse manóforos.

—¡El clericalismo es un fantasma imaginado por los demagogos! ¿Combatirlo? Es un trabajo antiestético, de mal tono, de poca cortesania...—El que así habla suele ser *personaje* de profesión. Es el barba de los en-tonados políticos, financieros, agiotistas...

Mientras él está declamando en el corrillo de políticos ó de traficantes negando la existencia del clericalismo, un jesuita le saca de casa la hija para casarla con el Espíritu Santo; el dominico cuchichea á su esposa con gojas místico-orgásticas; el claretista ayuda á morir á la tía dictándole el testamento en beneficio de las ánimas, las cuales sienten alivio si los Padres están bien cenados y comidos; el *testaferro* arruina sus empresas industriales; la tarjeta del provincial le posterga en su carrera; el párroco le coge de la oreja y se lo lleva de comparsa en los paseos triunfales llamadas procesiones; el marista enseña al hijo á desobedecer al papá para obedecerle á él; el vecino beato le obliga á comer de pescado cuando apetece la carne; el *predicador insulta su tibieza* desde el púlpito; el prelado le acribilla desde el *Boletín*; el director de la Congregación catequiza su unigénito matando con el masaje místico los nietos; el cura se apodera del cadáver de sus padres... ¡El clericalismo no existe! No lo ve fuera, porque lo lleva dentro. El pez no ve el agua, el hombre no ve la atmósfera: las influencias universales son insensibles.

No vamos á examinar la acción del clericalismo sobre el individuo español; vamos á dar sólo un vistazo á la acción que ejerce sobre la nación en su punto criminal y letífero más palpable. Cuando usted sea gobierno y me deje meter mano en el catastro religioso, puntualizaré las cifras estadísticas; entretanto he de imaginarlas según mi leal saber y entender.

Tributación de España al clericalismo

1.º TRIBUTOS DE PRODUCCIÓN.—El clero se recluta principalmente de entre la masa obrera, *única productiva*. Existiendo 20.000 clérigos seculares y otros tantos regulares, con sus sacristanes, monagos, músicos, coristas y demás anejos, suman 80.000 individuos. Hay que agregar los novicios, seminaristas y reclutas disponibles de todas clases; los desechos de seminario y convento que son restituidos á la sociedad después de haber sido inutilizados para el trabajo: total 160.000 individuos que á un jornal medio de 3 pesetas, y á razón de 300 jornales al año, roban á la producción nacional 1.440 millones de pesetas cada diez años. Otras tantas amas, monjas, sacristanas y domésticas titulares ó sin título, de igual procedencia y destino, á una tercera parte de jornal, suman 300 millones más: ó sea *medio millón diario*.

La Economía enseña cómo el robo de producción merma el capital imponible cargando sobre el producto restante. No pasando de *cuatro millones* los obreros física y

profesionalmente aptos para el trabajo, cada obrero carga sobre sí por este capítulo, 25 céntimos diario; pero como además ha de mantenerles á ellos, á sus santos y beatos, con los presupuestos directo, indirecto, oficial, oficioso y fraudulento, puede calcularse recargado en otros 25 céntimos; cantidad que no alcanzan muchas familias para sus individuos. De donde resulta que cada obrero tiene sentado á su mesa el *huésped invisible*; y la familia en que hay tres ó cuatro obreros, puede imaginar sentados á su mesa tres ó cuatro frailes que cogen el primer bocado y aun el único, pues los hijos podrán quedar á media ración, mas el bicho lleva siempre ración entera.

2.º TRIBUTOS DE SANGRE.—Las 80.000 *parejas* unidas con voto perpetuo de esterilidad, calculando un hijo anual para cada cuatro matrimonios normales, producen el *desvío del camino de la vida*, de 20.000 ciudadanos españoles; de los cuales, deducido el 50 por 100 por mortalidad infantil, restan 10.000 *soldados matados á la patria* y 10.000 obreros robados al trabajo; esto es, 100.000 hombres asesinados cada diez años, en la puerta misma de la vida.

3.º TRIBUTOS DE DONCELLAS.—Sobre la autoridad de los escritores sagrados, pueden calcularse, cuando menos, en el 90 por 100 los clérigos infieles á la castidad. Según los moralistas, estos *pecadores* se reparten en varios grupos cuyas cifras señalo arbitrariamente: concubenarios, 50 por 100; corruptores de menores, 5 por 100; homosexuales, 10 por 100; solitarios, 7 por 100; bestialidad y otras inversiones, 3 por 100. A razón de tres actos pecaminosos por semana (moral de Mahoma; la católica es más pródiga y carece de tasa), son 20.000 actos inmorales; á un promedio de 2 gramos de humor vital, son 40 litros diarios, con los cuales la Naturaleza confecciona la tinta para imprimir la *Gaceta* de maldición y de infamia. Calculada la longevidad del clérigo profesional en treinta años y que cada individuo hace durante este período dos víctimas—comparsas de su debilidad—tendremos que el pueblo español paga anualmente á la obscenidad celibataria un tributo de *diez mil mujeres*, seducidas por el clérigo seducido por la familia, y ésta seducida por la Iglesia y el Estado.

4.º TRIBUTOS CRIMINALES.—Calculando en un 10 por 100 los contubernios aquellos juramentados con voto de esterilidad, que salen burlados y fecundados por la Naturaleza, resultarán 8.000 uniones fecundas; y á razón de un hijo por cada cuatro uniones, nacerán anualmente en España *dos mil* nacionales, blasfemados por la Iglesia y deshonrados por el Estado. El Concordato encierra el pacto implícito de amenazar con daño mortal de hambre é infamia pública, á la pareja que no oculte y niegue la paternidad por los únicos medios hábiles para ello, cuales son: el aborto, el infanticidio y el aborto, delitos y crímenes declarados por las leyes. Promediando estas cifras, tendremos anualmente 600 abortos, 600 infanticidios y 800 abandonos; y dada la complicidad necesaria, resultarán hechos al año por el cuño moral romano-español legítimo, *cuatro mil criminales*, á los que han de sumarse los delincuentes por encubrimiento, pretextado por el *escándalo farisaico* de un Estado que se avergüenza de perseguir el crimen y no lo siente de instigar á él por el impulso combinado de sus leyes.

5.º TRIBUTOS DE LÁGRIMAS.—Tomando de tipo medio de longevidad los treinta años, tenemos en España un ejército de 30.000 hijos abandonados, y de 64.000 padres criminales: los cuales sumados á las 180.000 *conyuges* de voto estéril, réprobos é infames ante sí mismos, componen por este lado una orquesta de 274.000 víctimas permanentes en infamia activa. Estos niños, mujeres y hombres, tienen ojos y lloran su dolor; tienen garganta y gimen; tienen lengua y maldicen; tienen corazón y sufren; tienen dignidad y se envilecen; concentrados sobre una oficina telefónica y fonográfica estos llantos, gemidos y maldiciones, componen la eterna *Marcha Real* y el eterno *Te Deum* que el psicólogo estadista oye resonar en la capilla Sixtina y en la sala del Trono, como himno CONCORDADO dedicado á la Iglesia y al Estado.

En vez de cifras encabecemos por letras estos cinco capítulos, y tendremos la suma total en esta forma: C+L+E+R+O=Clero.

Esta es una cuenta parcial y está parcialmente hecha: falta sacar la cuenta del interés compuesto del metálico que podrá hacer el ministro de Hacienda, y el interés compuesto biogénico del capital vital; entonces se tendrá la cifra aterradora.

Queda esbozado el cuadro. Es un *Sporium* del nuevo circo Romano llamado *L'esia*, en cuyo palco presidencial se sienta el sucesor legítimo de Nerón, á cuyos leones de mogigata figura vamos lanzando hijos, doncellas, honestidad y vergüenza, las entrañas, en fin, de esta Nación que un día se llamó España y que ya no merece otro título que el de Matadero Pontificio. De la piel de los nonatos y asesinados pueden hacerse pergaminos preciosos; con la sangre y las lágrimas puede fabricarse indeleble tinta; con ellos pueden escribirse las Bulas Pontificias y anotar el margen del Evangelio. Con ellos se está escribiendo la Historia del Papa y de España concordados, en el libro de la conciencia humana.

S. PEY ORDEIX

Lo de Marruecos

No excitó á mis compatriotas á la guerra de Cuba, ni la aplaudí ni la jaleé. Cuando sonaron los primeros tiros, he aquí lo que dije en 16 de Marzo de 1895:

«Se baten nuestros hermanos en la manigua, y no me siento con valor más que para gritar con todas las fuerzas de mis pulmones: ¡viva España!»

La guerra de Cuba es una gran desgracia nacional, y todos debemos contribuir á que termine, no sólo para que el menor número de madres pierda sus hijos, sino para que la patria no acabe de aniquilarse.

Mis ideas particulares acerca de lo que debe hacerse con Cuba, las reservo para cuando nadie intente imponérselas por la fuerza. Mientras haya un insurrecto en armas, gritaré, como gritaría si estuviésemos en República: ¡viva España!

Las guerras podrán ser justas ó injustas, y responsables de ellas éste hombre ó aquél régimen; pero en cuanto se dispara el primer tiro y un hermano nuestro cae, ya no hay, ni debe haber, más que los de allá y los de acá; los que reniegan del nombre español, y los que lo amamos; los que lo mismo nos combaten en plena monarquía, que nos combatieron en plena República; los enemigos comunes, en fin.

Así, y sin perjuicio de depurar responsabilidades después, y de exigir las si pudiere, no quiero más que ser español en esta lucha; y donde quiera que se oiga una voz vitoreando á España, ó un brazo se levante para defenderla, allí me creeré representado, allí pensaré que hay algo mío, y allí estaré en espíritu, ya que no pueda estar en verdad.

Después de esto, me dediqué á indicar de dónde podían sacarse recursos para que nuestros soldados no carecieran de víveres, ropas ni municiones, condenando varias veces el modo de llevar y traer la Compañía Trasatlántica á los hijos del pueblo.

El 9 de Abril de 1899, en vísperas de la guerra con los Estados Unidos, escribí:

«La intervención del Papa apresurará la guerra con los Estados Unidos, y los ruegos al cielo no la evitarán. Habrá que apelar á los medios puramente humanos para dejar á salvo la honra de España.

El despertar del sueño en que yacía desde lo de Sagunto ha sido terrible: dos guerras coloniales y una extranjera, y en ellas mares de sangre y ríos de oro ahora; y la ruina y la bancarrota después.

La comedia de la restauración terminó al comenzar la guerra de Cuba y el drama al declararse la guerra con los Estados Unidos; ya estamos en plena tragedia.

Pero no hablemos de esto; si llega el día de pelear como españoles, luego llegará el de exigir responsabilidades.

Pechos que oponer al plomo enemigo no faltan; valor para afrontar la lucha sobra. Arbitremos recursos para que no sean estériles los esfuerzos de este noble pueblo: que con dinero y soldados y marinos como los nuestros, hasta los reveses, si vinieran, serían gloriosos.

Póngase desde luego en ejecución lo que en el número anterior propuse, y reuniremos lo bastante para que no carezcan de nada los compatriotas que se batan. Y *quedaremos bien, aunque todo nos salga mal*.

¡Viva el pueblo! ¡Viva el ejército! ¡Viva la marina!»

Y el 23 del mismo mes publiqué esto otro, bajo el título *La guerra*:

«Los Estados Unidos, nación formada con bandoleros de todas las demás, nos la ha declarado.

España ha respondido al reto, como es en ella tradicional costumbre; y cual dije hace días, *quedará bien aunque todo nos resulte mal*.

Pues, para honra de sus hijos, no cabe si quiera dirigirles esta orden del día de Nelson á los ingleses al comenzar la batalla de Trafalgar: «Inglaterra espera que todos cumplan con su deber.»

Los que van á pelear por nuestra honra, soldados, marinos y pueblo, se ofenderían si se les dijese otra cosa que esta:

España sabe que todos cumplirán con su deber.»

A esto se redujo, fuera de la petición constante de recursos, lo que yo dije sobre la guerra. No tengo, por lo tanto, que arrepentirme de haber contribuido con patrioterías á que se declarase ni á que se prolongara. No la combatí, por creer entonces, como creo todavía, que sobre la cuestión de conveniencia debe estar la del honor, lo mismo para la nación que para el individuo. Y así como se desprecia al individuo (tal vez no debería ser así, pero así es) cuando recibe una bofetada y no la devuelve, así la nación que no responde al reto que se le lanza, queda deshonrada ante el mundo y expuesta á que otra la aniquile ó se la apropié.

Pero en lo de Marruecos no estamos en el caso que en lo de Cuba; aquí defendíamos nuestra soberanía; allí iríamos á atacar la de los moros. La palabra honor para nada entraría en esta empresa. La guerra que hicieramos en Marruecos sería, por lo tanto, injusta. Y no entro en consideraciones acerca de las vidas que habría que sacrificar y los millones que gastar, porque esto se halla al alcance de todos.

Lo demás, el que la prensa le debe á España una satisfacción, pruébalo cumplidamente *El País* en estas líneas:

«Muy bien la iniciativa patriótica de Nakens contra la infame guerra del Rif.

Nos hemos adherido. Esperamos la generosa acción agitadora de la prensa de Madrid.

Ya lo hemos dicho. Debemos á la patria los periodistas esa satisfacción que es á modo de acto de contrición por pasados descarríos y errores.

No poco contribuímos los periodistas á las locas aventuras quijotescas de 1898. Nos arrastró la opinión de los ignorantes y patrioteristas y á nuestra vez los sugestionamos con baladronadas imprudentes.

Sólo algunos periódicos aislados, sólo algunos políticos esclarecidos resistieron á aquella impetuosa corriente de patriotismo imbecil, consagrado á la defensa de una mala causa.

El País entonces, al principio, opuso reparos é hizo oposición á los proyectos guerreros, pero, al cabo, hubo de ceder como todos á las exigencias de una falsa opinión y á los rigores de la previa censura militar.

Debe, pues, la prensa á España esa reparación de los arrepenidos y desengañados.

Sea, pues, la prensa la que inicie la gran agitación pacifista.»

Ningún otro periódico de Madrid, que yo sepa, ha respondido á la excitación que hice. Creo, sin embargo, que llegado el momento, todos se unirán para oponerse á la guerra. El único peligro sería que acordaran hacerlo cuando fuese tarde, cuando el gobierno no pudiese ya retroceder.

Me alegraré por España que no llegue este caso.

Comparemos

De las estadísticas compiladas en los centros oficiales rusos, resulta:

La capacidad de las prisiones del imperio es para 90.000 presos. En 1905 había 85.000; en 1906, 111.000; en 1907, 138.000; en 1908, 170.000, y el 1.º de Febrero de 1909, 181.137.

El número de ejecuciones civiles fué: 10 en 1905, 144 en 1906, 456 en 1907, 825 en 1908, y sólo en los tres primeros meses del año actual han sido ejecutadas 235 personas por delitos políticos.

El número de los presos que se suicidan por no poder soportar el trato que reciben, fué: 30 en 1906, 70 en 1907, y 59 en 1908.

Doscientos treinta y siete exmiembros de la Duma han sido condenados á diversos períodos de cárcel: 18 han sido enviados á Siberia.

Desde 1905, 406 directores de diarios y revistas han sido encarcelados.

Los liberales que están en libertad viven

bajo un régimen de espionaje, delaciones, amenazas y vejaciones tan intolerable como las mismas cárceles.

Después de leer esto, resultan endeble, ñoñas, inofensivas, las palabras nihilismo y terrorismo.

LA EMIGRACIÓN

I

Por cada 10.000 habitantes de las doce naciones europeas que se consignan en el cuadro siguiente emigraron en 1871-80, 15,0 individuos, 19,0 en 1881-90, y 19,7 en 1891-900.

En los mismos periodos la emigración española fué de 10,2, 20,9 y 42,0 por 10.000 habitantes, es decir, en el primero 4,8 menor que la media, en el segundo 1,9 mayor, y en el tercero 22,3, también mayor.

Véase el cuadro que indica las proporciones en que cada nación contribuyó á la emigración extracuropea en el decenio 1871-80, siendo como queda dicho las proporciones por 10.000 habitantes:

1. Francia.....	0,6
2. Austria-Hungría.....	9,6
3. España.....	10,2
4. Alemania.....	11,2
5. Suiza.....	12,4
6. Italia.....	22,3
7. Dinamarca.....	24,0
8. Holanda.....	29,6
9. Inglaterra.....	30,3
10. Suecia.....	36,0
11. Portugal.....	36,2
12. Noruega.....	43,5

Estas son las cifras relativas; las absolutas van consignadas en este otro cuadro en que las naciones van de menor á mayor:

Francia.....	22.800
Suiza.....	31.100
Dinamarca.....	41.600
Noruega.....	73.000
Holanda.....	102.700
Portugal.....	147.100
Suecia.....	161.700
España.....	172.000
Austria-Hungría.....	291.900
Alemania.....	462.200
Italia.....	582.200
Inglaterra.....	1.016.600
TOTAL.....	3.104.900

Como hay que comparar los crecimientos de cada país, el lector de El Morín que siga con algún interés estos estudios estadísticos hará bien en guardar este número para compulsar las cifras con las que se darán en el venidero.

J. J. MORATO

El séptimo sacramento

(Diálogo entre un «padre espiritual» y un «hijo».)

- ¿Es bella tu novia?
- Veinte mil duros de dote.
- ¿Es buena?
- Una casa en el barrio de Salamanca.
- ¿Es virtuosa?
- Un chalet en San Sebastián.
- ¿Es honrada y humilde?
- Tres cortijos en Andalucía.
- ¿Es inteligente y laboriosa?
- Un tío viejo y millonario al que heredaré.
- ¿Que Dios bendiga vuestro matrimonio!

La estampa

El curita mira la estampa... ¡Qué hermosa es! ¡Qué ojos más traviesos, más juguetones, más pícaros! ¡Qué labios rojos, gruesos, sensuales! La bribona se va á bañar. Con la linda mano vierte un frasco de esencia en el agua tibia. ¡Qué curvas admirables, magníficas las de sus senos, al echar la cabeza hacia atrás en ademán de pereza deliciosa! ¡Cómo se insinúan las redondas, dúctiles caderas bajo el cendal finísimo! El curita mira con los ojos encandilados, los labios tremulos, la nariz respingada. ¡Se habrá visto descarado igual! La muy liviana prueba el agua con la punta del pie sin reparar en que muestra una pierna tentadora. Parece que siente frío. ¡Qué mohín, Don Juan! El cendal va á caer... ¡Qué hombro! Nada, se va á bañar la muy bribona. Decididamente no tiene vergüenza.

Los hombres pasan. Parece que la estampa les tiene sin cuidado. Han visto el cuadro original en el Museo; han visto cien reproducciones en los salones elegantes. ¡Hermosa mujer! ¡Cuántas como aquella admiraron en sus noches! La gente pasa. Un bello desnudo, sin duda. Una escena semejante á las que se ven todos los días en las playas y balnearios de moda. Don Juan pasa atusando desdenosamente el bigote metafísico. Hasta los niños pasan jugando. Pero el curita

mira, mira siempre... ¡Qué descarro, gran Dios! Decididamente aquella mujer no tiene vergüenza.

El curita mira por última vez y marcha. Marcha poseído de santa, de noble indignación. Se encierra en su despacho, toma cuartillas y escribe. ¡Vaya un artículo! Jamás caballero cristiano rompió tan valientemente una lanza en pró de la moral escarnecida. Oíde...

Pero el lector no oye. El lector sonríe. El lector sabe á qué atenerse. Ha leído *La Cortesana de Alejandria*, de Anatolio France, y conoce la historia del monje Pafnucio.

ALVARO DE ALBORNOZ

Cómo se hace un monstruo

I

Era en aquel tiempo una encantadora criatura que vivía en la abundancia agreste del trabajo, pastoreando, á la luz del sol, azotada por el viento y la lluvia; pernoctando en las noches de luna sobre las piedras de las eras; atravesando los solitarios montes; durmiendo al borde de los claros arroyos; trepando por los pinares, por las rocas, por los barrancos; clavando en el duro y basto pan sus blancos dientes; resplandeciente como la aurora y bueno como la alegría.

Cuando cantaba la alondra al surgir los primeros rayos vibrantes de la aurora, llegaba á la aldea con la leche del rebaño, despertando con sus silbos y risotadas á los perros de las puertas y á las aves.

Luego á la tarde, cuando el sol, en la fantástica esplendidez de las nubes—febril colorista—extendía, deshacía y derramaba el topacio, el rubí, el oro y el fuego, marchaba solo, alegre y descuidado conduciendo el tropel de los pacientes bueyes á beber en los arroyos trémulos.

En su mirada azul de limpidez virtuosa brillaban la audacia heroica y valiente, el candor infantil y la inteligencia. El timbre de su voz imperiosa y clara, la línea de su cuerpo erguida altivamente, le daban el aire de un soberbio atleta en miniatura.

II

Mas un día su padre—sencillo aldeano—llamándole á su lado, le dijo:

«Juan: yo, á fuerza de trabajos y de fatigas, á fuerza de recorrer el monte y de llevar ganado á las ferias, conseguí reunir algunos cuartos. Vosotros sois dos muchachos; tú, además de ser el más joven, eres el más inteligente. Voy á ponerte al latín, porque quiero hacerte persona. Tú me resultarás un gran predicador, y hoy esto vale más que ser médico. Porque ¡esa sí que es vida! ¡Vida regalada! ¡Manda el arado al diablo! Oye:

Se recoge la congrua, luego el responso; arreglas un sermón con cuatro triquiñuelas... Luego la misa seis *vintens* y doce los bautizos; y además independiente y sin cuidado ninguno. Mira sino el padre cura: llegó aquí más roto que un zingaro; pues ya se ha hecho un fortunón en media docena de años. Esto es la verdad; los padres saben estas cosas. Después que el sermón, que la misa, que el entierro, que la boda... todo cuanto hay, todo va goteando. Cuando muera el abad, tú te vienes aquí. Los diputados lo arreglarán. Y si no, votamos contra ellos en las elecciones.

Pero, ¿qué es eso, muchacho? ¿Lloras? ¡Nada de lloriqueos! A tratar de la merienda, y dentro de ocho días, para el seminario. No quiero bajar al hoyo antes de oírte cantar la primera misa.»

III

Era una tarde de otoño. Con soñoliento trote, un macho conducía sobre sus lomos la nueva columna de la Iglesia, el dignísimo é ilustre P. Juan. Al entrar en la aldea los dos irracionales, entre el estrépito alegre y alborotador de los cohetes, un viejo recibió en sus brazos de padre, en vez del alegre hijo, un monstruo ya decrepito recién salido de las jaulas clericales.

¡Qué transfiguración! ¡Qué cambio! En lugar de inocente y angelical criatura, encontrábase un estúpido y atontado chimpancé, que andaba con el aire de quien camina alucinado entre las espirales diabólicas de un sueño. Su cuerpo en otro tiempo juvenil, robusto y floreciente, inclinábase ahora hacia el suelo agotado por el cansancio. Por el cansancio, sí. Porque ya los dogmas son de bronce y el tejido de las sotanas va pesando más que las armaduras de acero. La ignorancia profunda, la estupidez, la ardiente y clandestina lujuria de la Iglesia, el remordimiento, el terror, el fanatismo inquieto, todo esto leía en la atonía cruel de aquel torpe aspecto, de aquella mirada obtusa y marchita.

En las prisiones obscuras de Loyola, su

alma infantil sin aire y sin luz fué como los ruiseñores que dentro de la jaula pierden toda su alegría y mueren sin cantar...

IV

Los arteros payasos compran á las madres, como nadie ignora, sus encantadoras criaturas; tuércenles los cuellos, las manos, los pies, los brazos, hacen que sean flexibles sus costillas y luego las exhiben en las plataformas de las barracas, dando saltos mortales ó devorando cuchillos ante el espanto imbecil de la ingenua multitud... Y para disimular su lividez llorosa les pintan carnavalescamente en su rostro embadurnado por el albayalde una risa de bermellón.

Pues bien; el jesuitismo hipócrita-romano, payaso clerical, anda asimismo por los caminos, comprando y robando sus hijos á las madres como los gitanos, conduciéndolos á los negros seminarios, á las terribles galeras, al matadero religioso; privándoles de luz como el avaro priva de ella á sus montones de oro; sepultándoles la razón en la estupidez supersticiosa. El análisis, fuerte y ponzoñoso fluido que en libertad pudiera estallar con explosión trágica, destiérnanle; y lo que el payaso hace con el cuerpo del niño, hácenlo ellos con el alma hasta que de ella no queda sino—como el histrión que danza en las barracas—un torpe maniquí, el espíritu del pobre misionero, histrión que nos predica la bienaventuranza á tope-tazos de misal y rugidos de latín.

Las almas infantiles son blandas como la nieve, son perlas de leche vertidas en vasos virginales; todo cuanto en ellas se graba ó cuanto en ellas se escribe cristaliza súbitamente y no se borra nunca. De este modo consigue el astuto clero transformar de repente un sér encantador, en un pájaro nocturno y estúpido. De este modo consigue marcar sobre su cráneo á golpes de cincel la marca industrial del fabricante:—¡un cero!

GUERRA JUNQUEIRO

¡A LO QUE SE ATREVEN YA!

Los jesuitas colocaron el día 29 de Junio altares en las paredes de la plaza Mayor de Zaragoza, para la aparatosa y retadora procesión que iban á verificar, y en muchos balcones ondeaban banderas y estandartes religiosos con los lemas: ¡viva el Papa rey! ¡viva la Iglesia!

Advirtiéronlo varios jóvenes radicales, organizaron en un periquete una manifestación, y á la plaza Mayor se fueron, produciéndose un formidable y simpático alboroto.

Y ni Dios sabe en lo que hubiera parado aquello, si la policía no obliga á los loyalas á retirar las provocativas banderitas.

¡Oh jóvenes amables que en vuestros tiernos años la exhibición carunda habéis desbaratado; mi musa os felicita con fervido entusiasmo, y os recomienda el uso del puntapié y el palo, si las provocaciones de los hijos de Ignacio llegados hasta el insulto, lo hicieran necesario. Por algo sois el pueblo de aquel cinco de Marzo que dejó en Zaragoza un recuerdo sagrado.

La vida temporal y la eterna

Dánse de calabazadas los eruditos y pensadores para encontrar las causas y remedios de la espantosa crisis porque pasan el comercio y la industria madrileños. Y todo se reduce á unas cuantas afirmaciones que tienen olvidada la de puro sabidones todos los novicios de las Ordenes religiosas y todos los alumnos de los Seminarios conciliares: que la vida temporal no vale nada en comparación con la eterna, que el que quiera conquistar ésta, tiene que menospreciar aquella, y que de nada le sirve al hombre ganar todo el oro del mundo si ha de ser con detrimento del alma.

Los comerciantes é industriales de Madrid han olvidado que estamos dedicados completamente á la santidad y, por lo tanto, es inoportuno y pecaminoso salirse con lamentaciones porque las cajas de caudales, *vanitas vanitatum*, se queden más vacías que cabeza de Luis ó de devota.

Las grandes ciudades se enriquecen con la población flotante, y solamente con la población flotante, y á ésta no hay más medio de atraerla que las diversiones, los jolgorios, la satisfacción de los vicios, porque para ejercitar las virtudes no hace falta salir de casa y menos en viajes de recreo. Por eso París es un pueblo riquísimo, porque todo el mundo va allí á echar una cana al

aire, empezando por los reyes y acabando por los más humildes burgueses. Los parisenses son la gente más económica, más retraída y más morigerada del mundo. Hasta las porteras y los vendedores de periódicos suelen tener acciones de minas ó de ferrocarriles y poseer resguardos de Bancos y Cajas de ahorros. Los de la ciudad tienen el oficio de guardar el dinero y los de fuera el de llevarlo y gastarlo en gran cantidad y continuamente.

Pero, amigo, esto se hace ofendiendo de un modo horrible á Dios Nuestro Señor y echando almas al infierno como quien arroja confetti en una batalla de flores. Porque las mujeres públicas de todas clases son como una avalancha que todo lo invade, con sus *toilettes* brillantes, sus alegres risas, sus joyas y sus flores y sus cortes de amigos y de amantes. Protegidas, parece mental por las autoridades, entran en los cafés y restaurants, ocupan palcos en los teatros; pasean por los Campos Elíseos y en el Bosque y son hasta figurines copiados y admirados por las damas aristocráticas, linajudas y cristianas. Los espectáculos públicos llamados *revistas* en Olympia, Folies Bergères, La Cigale... son exhibiciones vistosas y pornográficas en grado tan superlativo, que no hay adorno, aperitivo ó detalle que se omita para hacer más sabroso el desnudo de mujeres estatuas. Últimamente vi una chimenea monumental formada por mujeres esculturales que quitaba el sentido.

Durante toda la noche funcionan La Abbaye de Teleme, Pallard Maxim y el Inglés... para la alta aristocracia del placer. Taverne Royal, Fisher, Rat Mort... término medio y Café Americaine, Olimpia... para la democracia.

Aquello es un maremagnum de música, de canciones, de bailes y de bromas. Todo el que sabe tocar el piano ó cantar algo, toca y canta y el público aplaude con entusiasmo. Todos bailan, todos hablan, todos beben, todos ríen, todos se divierten á más no poder. En Fisher no se puede entrar, porque allí va y suele tocar el piano y hacer oír sus composiciones Quinto Valverde, que es hoy una estrella parisense.

No hablemos de Palmyre y otros cafés así, porque, aunque los defiende la autoridad, yo no quiero contar lo que allí pasa. Con esto y otro sin fin de diversiones, casi todas pecaminosas, claro es que, desde el rey Eduardo hasta el más insignificante vecino de Calatorao no sueñan más que con la temporada de París, y allá van á volcar el bolsillo y derrochar dinero y comprar todo lo que ven y gozar todo lo que pueden. ¡Vade retro, Satanás! Ya se lo dirá Pedro Botero el día menos pensado.

Aquí en Madrid ocurre todo lo contrario; nos acostamos temprano y hacemos que se acueste todo bicho viviente. Tenemos teatros bastante ñoños, con coristas generalmente viejas y feas, los cuales teatros acababan todos á un tiempo, como á toque de campana. *Ite, missa est*. Después se dan tres cuartos de hora para tomar un piscolabis y, á la cama, tan ricamente. A las mujeres públicas las perseguimos y acorralamos como instrumentos del demonio; y sin conciertos públicos, ni *restaurants* alegres, ni nada que no esté previamente benedecido é indulgenciado por los Reverendos Padres Jesuitas, hemos conseguido que el vivir y morir en Madrid sea una señal cierta de predestinación para el cielo. Amén.

Vean ahora los señores comerciantes é industriales si nadie les va á hacer caso cuando digan que se arruinan, es decir, que pierden la deleznable vida temporal para ganar y que ganemos la vida eterna, que á todos os deseo por los siglos de los siglos. Así sea.

PEDRO CRESPO

En un pueblo de Portugal, según leo, el párroco y varios católicos introdujeron á una mujer en la boca la llave de la capilla, para que le salieran los demonios del cuerpo.

Pero, ¿no estaban ya fuera? ¿No es la misión de los demonios atormentar á la humana criatura, que es lo que hicieron ellos?

Afortunadamente los demonios no existen; pero si existieran, ese cura y esos católicos los representarían dignamente.

PASÓ EL PELIGRO

Hemos estado bajo la amenaza de una calamidad espantable; tal vez aún no está muy lejana. Se acuerdan ustedes de aquellos tres días de tinieblas que anunció en 1872 una profetisa monja? Pues algo por el estilo, pero de mayor entidad.

Sí, probablemente el sol no hubiera salido por las montañas; los estómagos se habrían negado á digerir; las aguas á llover y á correr; la electricidad á funcionar; las cosechas perdidas; las industrias paradas y la guerra civil religiosa para colmo de desdichas. Esta santa cruzada, porque habría revestido tan sagrado carácter, habría concluido por salvarnos, eso sí, en cuanto la causa de tantos horrores hubiese huído ante las huestes de Chapa.

—Señor clérigo, precise cuanto antes, por San Macías bendito, cuál perturbación era

por mucho que le cegase el odio, apadrinara tales monstruosidades. Me equivoqué; Ferrándiz conoce mejor que yo á los de su oficio.

Excuso decir lo que bromeamos y nos divertimos la tarde de autos, leyendo aquella sarta de mentiras, en que aparecía Ferrándiz de otro modo completamente distinto de como es; vicioso, cuando no tiene vicio alguno; mal hijo, cuando es público y notorio que rodeó de cuidados y cariños la vida de su madre; derrochador, cuando vive en una modestia que admirarían los padres del yerno; bebedor, cuando apenas prueba el vino en las comidas; jugador y juerguista, cuando ni conoce los naipes ni entra en un café siquiera; sacrilego, cuando el único defecto que para mí tiene, es que siempre, y á pesar de todo, es cura, en el buen sentido de la palabra. Fue una tarde muy divertida la que pasamos. El cura autor del folleto del otro, vacilaba en ocasiones. Yo le decía: «¡Animo, y acuérdesse usted que ha sido jesuita! No deje usted mal á sus maestros.»

A los dos días (el martes, día aciago para algunos), marchó el presbítero autor del folleto que Ferrándiz había escrito, á leerlo en el palacio episcopal, y ¡el disloque! El secretario y el obispo, entusiasmados, dispusieron que se imprimiera en el acto, y salieron de allí el autor postizo y el presbítero Pareja á buscar imprenta.

A las seis de la tarde presentóse el presbítero solicitado en la redacción de EL MOTIN y me dijo lo anterior, añadiendo: «Salga usted, y verá al cura Pareja. Como no lo conoce á usted, puede hablar lo que guste.» Y salí, y vi efectivamente al presbítero Pareja joven, con hábitos, y dije:

«No, en esta imprenta no puede hacerse ese folleto del obispado. En la calle de la Palma hay una, pero no les conviene á ustedes, porque se tiran periódicos impíos, como *Vida Nueva*, *EL MOTIN*... Pero ahí en la calle de Apodaca hay otra, la de Marzo...»

Y allá fueron los dos presbíteros, pidiéndole Marzo, según luego supe, 225 pesetas por la tirada de 4.000 ejemplares.

Al día siguiente, al dar cuenta los dos presbíteros al secretario del obispo de sus gestiones tipográficas, les indicó la conveniencia, para alejar toda sospecha de su intervención en el asunto, de que se buscara una persona de arraigadas virtudes cristianas que apareciera como editor. Cuando me lo dijo el falso autor del difamador folleto, busqué á Modesto Moyrón, que estaba también en el secreto, y á las dos y media de la tarde del jueves fué con el autor á casa del presbítero intermediario, se comprometió á figurar como editor del folleto, una vez seguro, por afirmación rotunda de los dos curas, de que era cosa del palacio episcopal.

Hasta aquí los hechos. Las consecuencias que de ellos se desprenden, son terribles.

TROZOS DEL FOLLETO

Para que pueda juzgarse de lo burdo de las calumnias que el obispo de Madrid y su secretario han acogido contra Ferrándiz, allá van unos párrafos del folleto que él ha escrito contra sí mismo.

Hablando de la época en que fué sacristán en las Comendadoras, dice:

«Aunque intentó hipócritamente pasar por bueno, fuéle imposible disimular sus instintos. Pronto empezó á perseguir á las muchachas del barrio con galanteos procaces y simultáneamente á muchas, sin la precaución de evitar el escándalo, como el que tres de ellas le dieron, arañándole en el atrio de la iglesia, y la paliza que le propinó un carpintero, padre de cierta joven á quien el sacristán perseguía.

Se supo que á la vez estaba en culpables relaciones con una mujer casada mayor que él de edad, y con una viudita casquivana muy conocida en el barrio; tenía la muy tonta alguna cosilla para pasar y para mantener los vicios del bigardo, que la explotó durante algún tiempo, hasta que, desengañada, lo arrojó de su lado. El mozo no empezaba mal su carrera de Judas.

Fué aquella una aventura bastante ruidosa. Un tendero del barrio le confió la enseñanza de primeras letras de la cónyuge, antes criada suya. Casi se adivina lo demás; el rapaveles, que á ninguna mujer ni hogar alguno respetaba, hizo el amor á la tendera, y el marido lo sorprendió queriéndole dar otras lecciones no incluidas en el contrato. Escena violenta, amenazas, escándalo... precisamente cuando la viudita, que era parroquiana, aparecía en la tienda... ¡Tableau!

¿Pero escarmentar? Eso nunca, ni aun compadecido de los sufrimientos que esta conducta proporcionaba á su madre; todo al contrario; reuniase con sepultureros y sacristanes maleantes de otras iglesias, y la laberna, la juerga, las mujeres de mala vida, los teatros, y se cree con fundamento que por una larga temporada el juego en cierta timba de la última capa, consumían su atención, el dinero que ganaba, y... el que no ganaba.

Alguien que bien le conocía por entonces, asegura que era diestro en hacer llaves adaptables á la cerradura que se proponía abrir, y que así los cepillos de las iglesias sufrieron continuas sangrías, porque los hurtos de cera, de aceite y de misas bur-ladas á los curas, no bastaban para los gastos del mozo... y su madre que se las compusiera como pudiese para darle de comer,

empeñando á veces hasta el abrigo en invierno. Aún quedan conocidos suyos que lo refieren.

A él se le veía siempre mal vestido y no muy limpio, que siempre fué descuidado en todo género de pulcritud, pero ¿qué le importaba si sus vicios quedaban satisfechos?

Todavía estas cosas, aunque graves, podrían pasar como locuras de la juventud; pero la juventud, si es noble, aunque se extravíe, no da en perversidades sacrilegas. Un muchacho disipado no se confiesa, menos todavía comulga; eso le horroriza. Ferrándiz confesaba y comulgaba á menudo sacrilegamente: es claro, no tenía fe el pobrecito ni más fin que cubrir apariencias engañosas. Sólo que la maldita indole discolia y levantisca, traidora y páfida lo vendía á lo mejor, y ya faltaba al respeto á una religiosa, ya á un sacerdote, ya le cogían en mil mentiras, ó aparecía probando con su aspecto que había bebido más de lo justo, ó los fieles se quejaban de él y no sabía cómo excusarse para salir del atolladero que en temporadas fué casi diario.

No pudo explicar la desaparición de un Cristo de bronce puesto en uno de los altares, la de dos sábanas y otros objetos que dijo le habían sido robados. Un sacerdote concibió vehementes sospechas de que le hubiese sustraído un billete de banco; una señora le atribuyó haberle quitado un rosario de plata...

Hay un hecho, de que testifica un amigo nuestro que está vivo y sano y lo conoce bien, pues casi lo presencié y oyó á un testigo presencial: este señor es D. Ramón Caro y Lagunilla, con quien recientemente hemos hablado, el cual nos refiere, que en una noche de Jueves Santo, Ferrándiz, que debía pasar en la sacristía y velando el monumento con otros dos pajes de su laya, uno de ellos sacristán, estuvieron cenando á las altas horas de la noche en la sacristía con carne y pescado... promiscuación horrible que luego ha repetido mil veces, pero que aquí fué unida á un sacrilegio nefando.

Ya calientes las cabezas, se les ocurrió probarse los ornamentos preparados para el siguiente día, continuar la cena con ellos puestos, y... espanta decirlo, y no lo creeríamos si persona tan seria y piadosa como el referido D. Ramón no nos respondiese de ello; ¡con los ornamentos puestos y entre blasfemias, bebieron en el resto de la cena, en los cálices guardados en la sacristía!

Oído esto, casi es inútil continuar; ¿qué podría esperarse en el sacerdocio de un joven de tales disposiciones?

Posible es que la respetable comunidad de Comendadoras ignorase ó ignore aún este hecho abominable; pero lo cierto es que poco después arrojó de la casa al autor, que anduvo por ahí vagando de nuevo, ya de ayuda en las iglesias, ya dando lecciones de lo que ni aun sabía y buscándose el dinero para los vicios del modo que podía, mientras su pobre madre, ya vieja y fatigada, tenía que ganarse el sustento cosiendo y asistiendo por las casas.

Cualquiera, al leer esto, lo hubiera desechado por grosero ó inverosímil. Al obispo de Madrid y á su secretario únicamente se les ocurrió exclamar:

¡Que se imprima inmediatamente!

LA CONDUCTA DEL OBISPO

No tiene disculpa, haya sido cual fuere el móvil que le ha guiado; aun cuando hubiera sido bueno. Para un alma cristiana, es inadmisibles la máxima jesuítica de «el fin justifica los medios».

No digo proponérselo; aun cuando ese presbítero ó otro cualquiera hubiese llevado espontáneamente el folleto contra Ferrándiz, debieron haberlo rechazado en el palacio episcopal, imponiéndole la corrección debida al autor. Hay cosas, esa una de ellas, en que la complicidad queda establecida únicamente con escucharlas, como hay ofensa sólo en suponer que ninguna persona que en algo se estime puede apadrinarlas.

No, no tendría disculpa el obispo, aun cuando alguien le hubiese llevado el folleto difamatorio. El cargo que ejerce, al par que su dignidad personal, le impiden descender á ese terreno, ni aun para defenderse de un enemigo implacable; mucho menos tratándose de un hombre á quien ese obispo ha condenado á penas canónicas de gravedad, y que, al cumplirlas, ha demostrado su perfecta sumisión á la disciplina eclesiástica.

Esa saña, ese odio contra un sacerdote caído, contradicen estos versículos del capítulo V del Evangelio de San Mateo:

22. Mas yo os digo, que cualquiera que se enojare locamente con su hermano, será culpado del juicio; y cualquiera que dijere á su hermano: Raca, será culpado del concejo; y cualquiera que dijere: Fátuo, será culpado del infierno del fuego.

23. Por tanto, si trajeres tu presente al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene algo contra tí.

24. Deja allí tu presente delante del altar, y vete; vuelve primero en amistad con tu hermano, y entonces ven, y ofrece tu presente.

25. Concíliate con tu adversario presto, entre tanto que estás con él en el camino; porque no acontezca que el adversario te entregue al alguacil, y seas echado en prisión.

26. De cierto te digo, que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante.

Y copiados esos versículos llamo la atención acerca de lo que indica el hecho de que un impío tenga que recordárselos á un maestro de la doctrina católica.

¡QUÉ CUADRO!

Vemos, en primer término, que lo del perdón de las ofensas y el amor al prójimo han sido pisoteados una vez más por los que tienen el deber de practicarlos, no ya sólo por deber humano, sino por prescripción divina, puesto que son la base de la doctrina que proclaman y defienden. Y en segundo, que la falta de caridad, el odio y la venganza, hallan en los pechos de que debieran estar prosritos en absoluto, cariñosos albergue y acogida.

No se concibe que ningún hombre, y menos siendo ministro del Señor, y menos siendo obispo, se deje llevar hasta el extremo que se ha dejado llevar el de Madrid de la pasión del odio. Eso no es humano; es clerical simplemente.

Aunque Ferrándiz hubiera sido, no lo que es, sino lo que en el folleto se dice, ¡disculparía esto la acción de ese obispo y su secretario? ¿Es esta la manera de hacer bien á los que nos persiguen y tender la mano á los que nos injurian y calumnian? ¿Es así como se levanta al caído? A pensar Cristo como ese obispo y su secretario, habría agarrado á la Magdalena por sus hermosos cabellos, y después de patearle el rostro, la habría arrastrado furiosamente por la calle, en vez de consolarla y perdonarla.

Desde que me enteré de lo ocurrido en la lectura del folleto, no aparto de mí imaginación el espectáculo.

¡Un obispo de la religión del que hasta en la cruz perdonaba á sus enemigos, escuchando, al lado de su secretario y otro sacerdote, aquel cúmulo de calumnias contra un presbítero en la desgracia; calumnias que aceptaban desde luego sin examen ni investigación; calumnias que hubieran contribuido á propalar, si en vez de haberlas escrito el mismo interesado, las lleva un miserable cualquiera, ávido de protección ó ganancia!.

¡Oh! Si yo fuese pintor, ¡qué buen cuadro haría con este asunto!

Con las bocas entreabiertas por la sed de la venganza, saliéndoseles por los ojos el odio almacenado en sus corazones, jadeantes los pechos por convulsiones nerviosas de fiera que tiene entre sus garras á la víctima durante mucho tiempo acechada, olfateando con sus abiertas narices el vaho de algo más enloquecedor que la sangre del enemigo, su deshonra; allí, en un salón en que los ecos no deberían repercutir más que palabras de amor y dulces sollozos de almas agradecidas, dos hombres ¿qué digo dos hombres? dos ungidos del Señor, ¡del Señor que á sus manos había bajado aquella mañana, oyendo palabras de abominación, frases que hacían trizas á un prójimo, períodos que pulverizaban á un sacerdote, gozosos, sonrientes, mientras sobre sus cabezas se elevaba la imagen de Cristo con los brazos clavados sobre la cruz por haber amado, por haber perdonado, por haber cargado sobre sus hombros con los pecados de todos los hombres!...

¡Oh qué escena más realísticamente clerical!

¡Pobre Cristo! ¡Y que fueras crucificado para ver y oír esto!

¡Ah! lo repito. Si yo fuera pintor ¡qué buen cuadro haría!

LOS PEQUEÑOS

He gozado lo indecible estos días, figurándome transplantado á aquellos tiempos en que solo, perseguido por los conservadores, combinaba aquellas famosas encerronas que dieron por resultado la denuncia del Catecismo, el llevar á la prevención al Cristo de Benvenuto, el burlar á la policía tirando EL MOTIN una semana en esta imprenta, otra en aquella, sacándolo una vez por el tejado, otra dentro de cubos de aguadores, otra por los patios de casas contiguas, aumentando mi inventiva á medida que se iban descubriendo mis tretas.

¡Cuánto he gozado, repito!

La Compañía de Jesús, la Nunciatura, el Obispado, todos con grandes medios de defensa y ataque, con la protección de que gozan, con los recursos que cuentan, lanzándose implacables contra un desdichado presbítero, y éste, con Ferrándiz y conmigo, tendiéndoles en la sombra la red en que estúpidamente han caído...

Claro que han caído porque no tienen razón y porque la soberbia los ciega, el odio les nubla la inteligencia y obran por impulsos ajenos á todo lo que es noble y levanta. Pero esto no quita para que la satisfacción mía sea grande, inmensa...

No han querido ser generosos ni caritativos, y hoy se ven enzarzados todos. Indignaciones en éstos, carcajadas en aquéllos, según miren la cuestión por el lado de la justicia ó del ridículo. Han cerrado la puerta al que llamaba, y el que llamaba las ha abierto de par en par para que entre la luz á deshacer la penumbra y el misterio. Han cerrado los oídos ante el que pedía humildad, y el humilde ha abierto su boca para que la verdad resuene en los oídos de todos. Han despreciado al que buscaba la paz en el asilo santo; y el que buscaba ha tenido por fuerza que volver al campo donde halla compasión el infortunio y acogida el mérito. La leyenda de Goliat y David se ha re-

producido una vez más. El débil ha vencido al gigante.

¿Si realmente habrá Providencia?

A ESOS

Y ahora, venid, como acostumbráis, caballeros clericales (¡qué mal casan esas dos palabras!) difamando en vuestros papeles al clérigo que ha preferido la miseria á la abundancia, la vida del trabajo á la vida holgazana, la tranquilidad del día asegurado á las inquietudes de lo eventual, por no prestarse á calumniar á un compañero perseguido; venid, si; cuanto digáis caerá sobre vosotros.

Si lo pintáis, por escoceros lo que ha hecho, como un hombre indigno del sacerdocio, ¿en qué lugar dejáis á la alta dependencia que lo ha tenido diez ó doce años en su seno, y que se negó por tres veces á admitir la dimisión que de su cargo presentó? ¿No sería esto reconocer que la indignidad es una recomendación para vosotros? Además, si ya era indigno, ¿por qué, para admitirle de nuevo, queríais recargarlo con una de las indignidades mayores que puede el hombre cometer, la de la traición en amigable consorcio con la calumnia? Y si no lo era, ¿por qué hacerlo? ¿No iba á vivir entre vosotros? ¿A recibir diariamente á Dios en sus manos?

Todo lo que digáis, tendréis que inventarlo. Ese clérigo conserva corrientes todas sus licencias. ¿Por qué no se las quitáis si delinquirá? ¿O es que pueden vivir tranquilamente los clérigos bandoleros mientras no se aparten de vosotros?

Y no me habléis de que no le quitáis las licencias por piedad. He acabado de saber los puntos que vuestra piedad calza, al ver la que habéis querido usar con Ferrándiz.

Creo que esto es lógica pura; pero si la rechazáis, decid cuanto se os antoje. Que todo el mundo exclamará: «¡Bah! otro folleto de calumnias parecidas á las de Ferrándiz.» Y á ellas contestaríamos cumplidamente, sin apelar á los medios que vosotros; á los calumniosos.

Con la verdad, la ley y la justicia os haremos polvo.

Eso fué lo ocurrido en 1899 y eso lo que yo dije. Y como estamos en Madrid todos los que intervinimos, tendremos mucho gusto en declararlo, si judicialmente se nos invita, para que la verdad resplandezca, la justicia se haga, y el Sr. Cos quede ante la opinión en el lugar que merece.—J. N.

Cuestión importantísima

Hay dos clases de personas que combaten al clero y á las órdenes religiosas. Unas que tienen fe católica, y precisamente porque la tienen, sienten indignación y asco viendo esa farsa sacrilega en que se toma el nombre de Cristo pobre, humilde, casto y virtuoso para acaparar riquezas, ejercer mandos y tiranías, gozar placeres y lujurias y dar rienda suelta á todos los vicios. Si hoy resucitaran San Pedro, San Pablo, San Agustín y San Ignacio de Loyola, dejarían pequeño á Nakens repartiendo trastazos entre frailes y curas y jesuitas.

Otras que no tienen fe y creen que todas las religiones positivas son embrutecedoras y degradantes, disparan también bala rasa contra curas y frailes; pero sucede ya con frecuencia que unos y otros enemigos del clero combaten entre sí, pues los cristianos dicen que la impiedad no conduce á nada y la irreligión asusta, mientras que los irreligiosos afirman que el querer reformar á los curas es prestar un gran servicio á la Iglesia de Roma.

Pues bien; yo juzgo de vital interés para España que unos y otros se unan por el pronto, aunque llegue después un día en que tengan que separarse, que no llegará, desgraciadamente.

La razón es clara y contundente. Cuando el clero y los frailes comenzaran á ser humildes, abnegados, amigos y consuelo de los pobres contra las tiranías de los ricos, lazo de unión entre las diversas clases de la sociedad y, por lo tanto, eminentemente democráticas; cuando los poderosos que expresan á las masas populares como quien exprime un limón, supieran que tenían que luchar contra el clero y las órdenes religiosas, siempre dispuestos á defender al humilde y siempre opuestos á la maldad y la soberbia; cuando esto se lograra, es decir, cuando los curas, los frailes y los jesuitas se hubieran convertido al cristianismo, comenzarían á ser quizás un daño intelectual, científico, pero no como ahora una lepra social, nacional, humana, que todo lo destruye y lo infecta. Entonces, y sólo entonces, podrían separarse los creyentes y los no creyentes; éstos pidiendo que la obra anticlerical continúe, y aquéllos dándola por terminada.

Mientras tanto, Nakens puede y debe copiar en EL MOTIN á San Bernardo cuando en sus cartas pone á los frailes que no hay por dónde cogerlos, y todos los Bernardos

que hoy viven pueden y deben colaborar en EL MOTIN, pues, por el momento, lo que conviene ante todo y sobre todo es no dejar vivir á esas gentes sin fe y sin virtudes que se han subido á los altares y á los púlpitos, se visten sotanas y casullas, se meten en todas partes, absuelven los mayores latrocinios con tal de entrar á la parte, acrecientan los vicios más repulsivos, comprometen la paz de las naciones y cubren ese farrago monstruoso de iniquidades con blancos cendales religiosos y místicos estandartes.

Hay que destruir á esa hampa que huele á incienso, y para hacer esa obra de desinfección moral, de honradez humana, pueden unirse todos los hombres de bien, sean las que quieran sus creencias y sus filiaciones políticas, sin echarse en cara unos á otros que si quieren ó no quieren destruir la religión. Eso no hace al caso. ¿Quiéren destruir la inmoralidad, el chanchullo, la opresión del pobre, la injusticia sistemática, los vicios, los desórdenes, lo que da en rostro á toda persona bien nacida? Pues basta. Hoy por hoy son anticlericales. A hablar, á escribir, á organizar protestas de la opinión cuando y dónde se pueda.

Esta es la gran cuestión, el asunto transcendental, el cáncer horrible que crece cada vez más de prisa y va á acabar con España: el clero que no es clero; las órdenes que no son órdenes, sino inmensos ejércitos de plutócratas que entran á saco en los pueblos, usando lo mismo acciones liberadas que cruces y ciriales, sociedades económicas que archicofradías, jugadas de bolsa que procesiones, monopolios y usuras que medallas y escapularios, acaparamientos de cereales que misas con órgano, compra-ventas mercantiles que tantum ergo, industrias protegidas que «Perdón oh Dios mío», y negocios sucios que «Ruja el Infierno.»

UN SACRISTÁN MADRILEÑO

Cuestión de nombre

No hace muchos días, un inteligente hombre de ciencia probaba con cifras y datos elocuentísimos que el obrero español apenas come carne y que se sustenta mal. Un poco pesimista, este hombre compasivo deducía muy graves y muy interesantes cosas de esa frugalidad en la alimentación, y aun parece que á ella achacaba la mayor parte de los males que hoy afligen á España y bastantes de las desventuras que hacen infelices á numerosas familias. El compasivo hombre de ciencia, en el enfervorizamiento de su compasión por las clases menesterosas, olvidaba, tal vez sin quererlo, que no fué nunca el yantar suculentísimo, que no fueron las grandes harturas la única dicha ni la base de venturas duraderas. Tal vez con un poco de optimismo, poniendo las cosas en un justo medio, los hombres misericordiosos se convencerán de que la carne, aderezada de cualquier modo, como cualquier vianda aliñada con primor, no tiene la importancia que por algunos se le concede.

Si es cierto que hay mucha gente que no come carne, ello no significa nada. Los vegetarianos tampoco la comen y no les va mal, y aun se declaran felices. Y es que en esto, como en todo, se juzga, y se juzga mal, por las apariencias. Porque un hombre cualquiera no coma carne, se deducen doscientas mil consecuencias transcendentales de tal abstinencia. Pero si ese mismo hombre, por deporte, suprime los bistés de las comidas y se declara enemigo irreconciliable del estofado, los sabios, los mortales que se emplean en el estudio de las ciencias, ya no tienen reparos que oponer ni de sus especulaciones científicas obtienen conclusiones abrumadoras para la sociedad y el individuo. La ciencia en este punto es terminante. El obrero que por fuerza no come carne, es un ser casi ruinoso, débil siempre y anémico la mayor parte de las veces. Si este obrero no come carne porque es vegetariano, la ciencia asegura entonces que la carne no es indispensable para mantenerse fuerte y robusto.

Todo es cuestión de nombre. Con un poco de buena voluntad, el problema social, en todos sus órdenes, se solucionaría á gusto de todos sin más que derramar algunos adarmes de poesía sobre cosas que en apariencias son harto vulgares. ¿Por qué se ha de ver en la frugalidad forzosa del obrero una injusticia transcendental? Pensemos que la frugalidad es excelente, saludable para la salud del cuerpo y del alma, y desposeámosla de toda idea de imposición. Así, al menos, habrá desaparecido una injusticia. En cuanto á la ausencia de la carne del yantar obrero ó campesino, dulcifiquemos la memoria de la abstinencia con el recuerdo de una renuncia voluntaria, y pensemos con gratitud en que el número de vegetarianos aumenta poco á poco, y achaquemos á donde lo que siempre fué una imposición. Y

de este modo, según avanzan los tiempos, el problema social se resuelve amablemente, sin violencias, sin odios y sin rencores.

GUSTAVO

Cosas de Francia

Ha desaparecido de la abadía de Monte Miguel la corona de San Idem, valuada en 500.000 francos.

La desaparición se verificó misteriosamente, dice la prensa de allá; y aunque se ha bu-cado con tenacidad la corona y ofrecido primas al que diera tan solo indicios de donde se halla, todo Dios se hace el muerto.

Entre los mil comentarios que el público cándido y bonachón teje sobre el misterio de la huída milagrosa, hay uno que no va mal encaminado. Supónese que los frailes escondieron la joya por temor de que el gobierno francés la confiscara cuando la separación.

Hágase una prueba: ofrézcase la prima de 600.000 francos, (100.000 más que el valor de la corona) á quien la presente, y si no aparece un fraile con ella á los cinco minutos, que le saquen el ojo que le sobra á un cura tuerto.

Aprovechando

A la sombra de la Exposición santiaguesa van á celebrar un Congreso los clericales, presidido por el Nuncio.

Estaba designado para inaugurar las sesiones el obispo de Orense; pero las víctimas de Osera se han interpuesto. En su lugar, funcionará el obispo de Tuy.

Y á propósito: ¿no podría el señor obispo de Orense aprovechar las sesiones del Congreso para explicar lo del baldaquino y conseguir descargas?

La información oficial va tan despacio! Y él, que es ministro del verdadero Dios, nos diría seguramente la verdad de lo ocurrido y á qué principio de conciencia obedeció para proporcionarle al párroco del pueblo aquellas entradas.

Porque supongo que el usá ilustrísima les costearía espléndidamente los funerales.

Horrores humanos

...Visitaba el hospitalito de mi pueblo, y la visión de aquella fila amarilla de repatriados y de aquel mariposeo blanco de las tocas me hizo escribir unos versos de los que me arrepiento como delito de lesa literatura y como delito de haber llamado santas á unas mujeres perfectamente secas y vacías de corazón.

Oídos cien enfermos de cien hospitales diferentes, todos reniegan de la maldad de esas hembras. Escuchados los asilados de todas las repugnantes beneficencias públicas, todos dejan escapar gestos amargos ó palabras equívocas ó valientes maldiciones contra las toquitas blancas.

Mi aserto firme, concreto, sostenido con datos, con hechos vivientes, con escenas bárbaras, de que las autoridades son carnívoras, de que tienen la sed de lo injusto y de lo sangriento, es una verdad aplastante que se alza todos los días delante de los ceigatos ojos de la multitud estúpida. Las autoridades saben siempre lo que pasa bajo su mando. Las autoridades francesas saben que se violan niños, que se comen niños, que se asesinan niños, que se martirizan angelitos en comercios infames, en fábricas quemadoras... Las autoridades saben, sabían y sabrán que en las beneficencias se matan niños á palos, se matan niños de hambre, se matan niños con muertes tan horribles como las inquisidoras, de dejarlos entregados al horror y á la porquería espantosa de la sarna...

Todas las hermanas de la toquita blanca, sin haber podido hallar una excepción entre las que he tratado, todas las hermanas esas están vacías de alma, son unas pobres secas de corazón, unas verdaderas muertas por dentro, desechadas del mundo, echadas de la familia generalmente, con la mala idea arraigada de que ya que ellas no tienen amor, no los tengan los demás. Son unas máquinas de carne que friegan, barren, oyen quejidos y limpian friamente enfermos. No lloran nunca, tratan á los cadáveres como á cosas, no les llega el jay! del dolorido al corazón, no compadecen, no se estremecen nunca delante de una de esas escenas soberbiamente trágicas en que una familia de pobres, de desheredados, acude á la cama del moribundo querido, en las salas frías y horribles de un hospital público...

Cien generaciones de niños de la Inclusa están clamando venganza desde el cielo. Otras mil generaciones de ellos, echados al mundo y convertidos ya en hombres, tienen los puños alzados hacia las casuchas esas de las ciudades. Han causado lágrimas horribles, capaces de entenebrecer á las rocas, despreciando, maltratando á desdicha-

dos niños que tuvieron la desgracia de nacer mal y de pagar las culpas de sus asesinos padres. Es horroroso, escalofrío, hace llorar, la visión de un niño por aquellas galerías de la Inclusa...

Unas veces llorando solito, en un rincón, otras pegado de palos por el celador bárbaro, otras pasando indiferente la desentrañada hermanita ó dándole una patada para que calle de una vez... Pero ¿de cuándo acá, qué sociedad imbécil es esta, que cree en una mujer que se arranca el corazón para no amar á los suyos y para no ser madre?

¿Cuánto mejor es borrar para siempre eso de la beneficencia pública, que hace ricos á muchos, que sostiene la hipocresía por los siglos de los siglos, que causa tantas lágrimas y desgarras tantas entrañas, que hace tantas fieras y tantos mártires!

Es horrendo el cuadro descrito en plena sesión provincial. Niños con la cabecita rota, niños amarillos por la vida sin aire—¡hasta el aire les niegan!—, niños trapajosos, niños en estado de porquería humana, echados á un rincón, amontonados y recomiendo en la sarna, sin médicos, sin amor, como unos gatos asquerosos arrojados á la espuela!

¿Han leído la sesión las madres santanderinas? ¿Las que tienen sus hijos guardaditos del frío, las que los escuchan respirar, echadas sobre la cama espléndida, y las pobres que pelean en el trabajo y en la escasez por los suyos? ¿No han llorado, no se han indignado, no están espantadas de aquel horror de la Inclusa?

Pues si no lo hacen castigar, pues si no lo enmiendan, pues si no piden justicia, no creo ya ni en el corazón de las madres, ni en la justicia, ni en nada.

Y cuando una madre lllore por su hijo, me reír de ella, la insultaré, la llamaré hipócrita, fierecilla, mala!

R. SÁNCHEZ DÍAZ

Pan... teísmo

Los redactores de *La Voz de Valencia*, católicos ellos, se declararon en huelga por no sufrir las vejaciones de que les hacía objeto su director.

Casi estoy por llamarlos dignos compañeros. El que arroja un pedazo de pan en aras de la libertad y la independencia, es todo un hombre.

Pero su queja más saliente se fundaba en que el director hacía un monopolio con los billetes de teatro. Cosas de chicos, ansiosos por ver á las tipples en paños menores.

Entre ellos había un cura de marca mayor, empleado en las oficinas del palacio arzobispal, que se fué al arzobispo y le soltó esta frase calderoniana:

—Como sacerdote, estoy á las órdenes del prelado; como periodista, al lado de mis compañeros en huelga.

En fin, que el «societarismo» se extiende y penetra por todas partes.

La Voz de Valencia se publica con el concurso de varios obreros *esquirols* (que estaban muertos de hambre y no les daba asco el pan duro del clericalismo), y dice que seguirá apareciendo con el auxilio de Dios.

¿Cuántos Dioses hay, según *La Voz de Valencia*? Tantos como *esquirols*. ¡Vaya un politeísmo y un pan... teísmo el de los católicos!

Bebida amarga

Todos los empleados de los establecimientos benéficos de Murcia van á ser sustituidos por frailes, sin pagarles sus haberes de mucho tiempo.

La noticia ha producido gran indignación aun á las personas que no profesan ideas avanzadas.

Mientras muchos como ese, tan vergonzosos y humillantes, no produzcan más que indignación, frailes tendremos hasta en la coronilla.

Buena es la cerveza, pero no siendo toda espuma; y la indignación que no estalla potente y poderosa en ciertos casos, no es más que espuma de cerveza.

PRIMERA Y ÚNICA VEZ

Me alegro que mi artículo *Carlismo catalán* haya provocado remilgos de protesta. Esto indica que puse el dedo en la llaga, y que ahí le duele.

El primero lo firman siete señores, muy señores míos, á quienes no tengo el honor de conocer por acá, y entre los cuales sólo veo dos apellidos genuinamente catalanes: el segundo un tal *Lumen*, que vaya usted á saber quién será, aunque para mí le conceptúo un buen republicano, que tiene indignadas las boinas. Más vale así, y ojalá pensarán lo mismo todos los que se cubren por coquetería democrática con gorros fríos.

Dicen los primeros protestantes que yo afirmo que, «gracias á la pasividad de los

republicanos, los carlistas se han constituido en partido potente...» Así es, mis queridos amigos, aunque ustedes no quieran, y así lo reconocen los que piensan con sinceridad en estas cosas de política. Si los republicanos y liberales fueran lo que debieran ser, y hubieran puesto de su parte todo lo que debían poner, ¿existiría hoy en España el carlismo? De ningún modo. No sólo ha habido pasividad; ha habido cobardía, complacencias, omisiones de deberes sacratísimos y verdaderas traiciones. Porque el combatiente que omite poner en práctica lo que su conciencia le dicta necesario para impedir el avance de su enemigo, traiciona á su bandera, y aunque no lo intente, se coliga tácitamente con su adversario, puesto que en lugar de contribuir á su derrota, facilita su victoria.

Los falsos hermanos son los mayores enemigos que tenemos; y un hermano en comunión política resulta falso cuando es débil, pusilánime y cobarde. Odia al rival, pero se conduce de tal modo, que aquel odio no flota en la superficie de su vida, no se refleja en sus actos; lo reserva para la caldea atmosférica de las camarillas de café y casino, y hasta en determinados momentos psicológicos, abre la válvula que lo comprime en el mítin ó en la papeleta electoral; pero después de esto, aquel odio vuelve como el reptil á su covacha, y todo queda reducido á fuego de virutas, que dijo Mauri, sin consecuencias inmediatas ni ulteriores. ¿No es este el pecado casi general de todos los republicanos y demagogos españoles? ¿No este el delito diario de la Prensa avanzada, el de su cooperación al carlismo clerical, por miedo, debilidad ó cálculo? Pues sí que lo es, y así lo han reconocido los hombres de alma de acero y enemigos de pasteles, concesiones y compadrazgos. Repasen los que quieran las colecciones de artículos del que es maestro de todos en estas lides, de Nakens, y se verá cuán amargos reproches han salido de su boca contra los republicanos débiles que alternan sin ascos con el enemigo, y cuántos fulgurantes apóstrofes ha lanzado su pecho indignado contra los malos compañeros, malos por ser débiles, y digámoslo sin eufemismos, y por ser cobardes.

Dicen además los señores del remitido, que el único partido republicano que existe en Barcelona es el radical. Esto no es cierto. Precisamente el mal de Barcelona (y apúntese esto como una de las causas del apogeo carlista) es que existen más partidos republicanos que colores tiene el arco iris. Hay republicanos federales, regionalistas, autonomistas, nacionalistas, independentes, de la derecha, de la izquierda, solidarios, católicos, antisolidarios, etc., etcétera. ¿Que para los autores del remitido el único partido republicano verdad es el radical? Pues lo mismo dicen respectivamente del suyo los demás partidos republicanos; y mientras se investiga cuál es la verdadera tía Javiara republicana, el carlismo sube como la espuma; y mientras se discute si son galgos ó podencos, van llegando los perros y apoderándose de las trincheras que no les pertenecían.

La chinita que tiran á *El Diluvio* porque es solidario, no tengo yo por qué recogerla, y en eso me lavo las manos; pero si protesto, ¡vive Dios!, de que se menosprecien mis ideas anticlericales, cuando es público y notorio en toda Cataluña, á tiros y troyanos, lo que yo he luchado y luto contra la reacción, teniendo sobre este particular y en mi abono una hoja de servicios que sólo pueden presentarla superior dos personas: Nakens y Ferrándiz.

En *El Liberal*, en *El Cosmopolita*, y diez años, día tras día, en *El Diluvio*, siempre batallando contra los clericales, sin contar revistas y periódicos de localidades pequeñas del Principado, me dan derecho á que se reconozca, si no el mérito, el caudal de mi labor, en la que he utilizado todos los géneros y formas literarias: la prosa, el verso, cuentos, artículos, epigramas, novelas, dramas, etcétera, etc. Afortunadamente ese mismo partido radical que invocan los autores del remitido, ha hecho siempre justicia á mis trabajos y citado mi nombre con elogio, y en él tengo numerosos lectores y partidarios, como puede verse hojeando la colección de *El Progreso*.

¿Que si no fuera por los radicales, la reacción ahogaría á todo el que piensa en liberal? Por los radicales solos, no. Por los radicales, *El Diluvio*, *El Progreso*; y por mí, sí.

Mil veces he citado con loa el valiente anticlericalismo de *El Progreso*; es más: he dicho en estas mismas páginas que este periódico y *El Diluvio* son los dos diarios genuinamente anticlericales de Cataluña; pero téngase en cuenta que cuando apareció *El Progreso*, *El Diluvio* llevaba ya más de medio siglo (¡una friolera!) combatiendo á la reacción.

El Sr. *Lumen*, autor del segundo remitido, afirma que el recibimiento hecho á Mella en Reus fué un fracaso. Me alegro que así sea; pero los periódicos de aquellos días, donde yo recogí la especie, decían lo contrario. Y como yo no estuve en Reus, ni presencié el triunfo ni la derrota de Mella, tuve que formar opinión con los datos y noticias de la Prensa, que sería la equivocada en lo de la ovación, aplausos, etc., no yo. De todos modos me alegro que Mella sólo fuera recibido por un centenar de personas, como dice *Lumen*, y me alegro por el honor de Reus, ciudad liberal y republicana, y por mí, que sufro

un disgusto cada vez que veo á un neo entre videntes y aplausos.

El Sr. Lúmen tira también su chinita contra la Solidaridad, creyendo herirme en la frente, y afirma que yo he sido solidario. Dios le conserve la vista, hermano, pues sabe usted más que yo.

Y basta. Nunca quise perder el tiempo, que reclaman empresas de más valía, en estas quisquiosas y puntillitas de partido. Yo no soy ni lo justo ni lo joto. Soy anticlerical á secas, y nada más.

Con este solo título, sin más apéndices ni coletillas, llevo muchos años en la brecha contra la reacción, y no es justo, ni noble que se me obligue á volver atrás la cabeza para ver cómo se vapulean republicanos de distintos colores.

La vida es breve, el clericalismo potente, y es a lucha no admite treguas, ni descansos. Con decir que el enemigo es ruin y cobarde no se consigue la victoria; clericales y carlistas, tanto monta, llenan el solar hispano, y trabajan con furia arrancando piedras del templo de la libertad. «Toda España es liberal—se dice—toda es republicana.» «Toda, y la reacción lo invade todo y domina por todas partes.» ¿Pues qué liberalismo, qué republicanismismo es este? ¿Cómo siendo los clericales los menos no han mordido ya el polvo? ¿Cómo siendo los republicanos y liberales los más no han alcanzado la victoria? Porque en lugar de marchar unidos contra el enemigo común, andan á la greña para dilucidar si tú eres más liberal que yo.

No quiero yo ser reo de este pecado, y estas líneas serán la primera y única vez que contesto á remitidos. No están los tiempos para estas bagatelas.

FRAY GERUNDIO

Barcelona, Julio 1909.

Ejemplo que imitar

Cuando una procesión pasaba por la calle de Sagasta en Sueca, una vaca de las destinadas para la venta de leche á domicilio, indignada sin duda ante aquella ostentación de lujo insultante, de hipocresía patente y de imbecilidad supina, comenzó á dar encontronazos á diestro y siniestro.

Cuando un animal cualquiera, guiado por su instinto, ejecuta un acto de ataque ó defensa, como por ejemplo, el toro y el caballo al aproximarse el lobo, es muy común oír á ciertas personas: «los animalitos nos enseñan».

Y es todo lo que por hoy se me ocurre decirles á los liberales, demócratas y republicanos que no arremeten contra los clericales, como esa simpática vaca de Sueca.

Memorias de un jesuita

Mis escrúpulos.—Lo que valen las reglas

Andaba yo hacía tiempo dando vueltas en mi cabeza á un pensamiento que no me dejaba sosegar ni de día ni de noche. Era éste: Pues, señor; se quejan los curas, y se quejan con razón, de que nosotros nos llevamos los mejores estipendios, y los peores también, por nuestras misas, sermones y ministerios.

Dicen por ahí que de la misma manera que por la desaparición de toda clase de pescado menudo se anuncia en el mar la presencia de algún cetáceo, así también por la desaparición de toda peseta ó cosa que lo valga para el clero secular, se anuncia la existencia en las inmediaciones de alguna casa ó colegio de la Compañía.

Yo veo á los padres volver de dar misiones y ejercicios ó predicar novenas, y lo primero que hacen, antes de contar en la recreación los frutos espirituales que han logrado, es ir al cuarto del padre procurador á entregar los miles de pesetas que han recogido.

Hácese por doquiera contra nosotros el cargo de que somos insaciables y ponemos alto precio á todos los ministerios que dispensamos.

A todo esto yo leo las reglas que escribió San Ignacio y forman la esencia, la vida y alma de la Compañía, y me encuentro con ésta, clara y terminantemente consignada en el sumario de las constituciones:

«Todos los que están en la Compañía deben tener presente que han de dar gratis lo que gratis recibieron, no demandando ni aceptando estipendio ni limosna alguna en recompensa de misas, predicación ó cualquiera otro ministerio de los que ejercita la Compañía.»

Me dirán, acaso, que el Papa ha dispensado á los jesuitas del cumplimiento de esta regla; imposible, porque sé muy bien y me consta que los generales de nuestra Orden, siempre que se ha tratado, no de suprimir sino de reformar la más mínima regla, han contestado: *Sint quod sunt aut non sint*, sean lo que son, ó no sean. Y es natural, porque las religiones no pueden prescindir de sus reglas sin dejar de ser tales religiones. ¿Cómo, pues, se soluciona este conflicto?

Harto ya de cavilar y convencido de que con una palabra desharía todo el nublado de mis escrúpulos el padre superior, á él me fui, pues lo era entonces un hombre de grande inteligencia y no menos deparajo para explicarse, el Padre Garzón.

Escuchóme con gran serenidad mientras le exponía mis dudas y temores, y noté que conforme adelantaba yo en mi discurso iba él abriendo uno de los cajones de su mesa.

Acabé de hablar y resultó el cajón completamente abierto; metió en él una mano, y me preguntó: ¿Cuántas hojas tienen las reglas de la Compañía?—Unas doscientas,—le contesté.—Pues todas ellas no valen lo que esta hoja. Y sacó un billete de quinientas pesetas.

Reí la gracia y me retiré á mi cuarto, experimentando una impresión muy parecida á la de mi tocayo Gil Blas cuando regresó del primer robo hecho en compañía de los bandidos á quienes se había unido.

¡Ay, Gil Blas!—me decía yo.—¿Entre qué gente te has metido? ¿Qué oficio has tomado? ¿Es ésta la Compañía de Jesús ó la Compañía de Monipodio? ¿Vamos aquí á salvar almas ó á cazar bolsillos? ¿Somos jesuitas, ó los siete ñ nos de Egipto? ¿El mejor día nos meten en la cárcel á todos por usurpación de estado civil, pues nos presentamos como religiosos de la Compañía de Jesús, y puesto que no cumplimos la regla, somos cualquier cosa, menos eso. Y ese caso va á llegar muy pronto. La gente toda ve que nuestras misas y sermones cuestan mucho más caros que los de los curas seglares; no falta más sino que cualquiera publique la regla de marras, y ya la tenemos amada. Nada, nada, yo le digo también todo esto al Padre Garzón. La claridad de conciencia ante todo.

Y efectivamente; tal como lo pensé, tal se lo dije al fervoroso padre superior.

—Es verdad—me dijo—que por esas y otras cosas á veces nos llevan á la cárcel, ó nos destierran, ó nos cortan la cabeza; pero, hijo mío, todos los oficios tienen sus quiebras y perances en este mundo. Cuando eso sucede, decimos que también Jesucristo fué perseguido y sacrificado; añadimos que San Ignacio pidió á la hora de su muerte persecuciones para la Compañía, y otras cosas á ese tenor. Con eso nos quedamos tan frescos y nos vamos á establecer la industria en otra parte. Duermas tranquilo, hermano Gil Blas, que mientras tengamos de nuestra parte á los ricos, aunque todos los desarrapados griten y vociferen, bien poco nos puede importar.

Pero—le objeté—como á Cristo le querían los pobres y le perseguían los poderosos, y con nosotros sucede lo contrario, van á decir las gentes que somos cualquier cosa menos los compañeros de Jesús.

—Bueno—contestó—seremos los compañeros de José María.

GIL BLAS DE SANTILLANA

El obispo de Huesca ha condenado un libro titulado *Las tardes del sanatorio*, original de Manuel Bescós.

Sin leerle lo recomiendo; será culto, decente, regenerador, estará bien escrito... No se parecerá en nada á los que publica la buena Prensa.

¿Y qué mejor crítica se puede hacer de él? ¿Lo censura un obispo en funciones? Pues ya está dicho todo: digno es de alabanza.

Libro en Prensa

El Cristo Español

MIGUEL SERVET

quemado vivo en Viena, en efígie, por la Inquisición Católica, y en Ginebra, en persona, por la Inquisición protestante.

Con este título la casa Felfu y Susanna, de Barcelona, ha abierto una suscripción para publicar un libro de S. Pey Ordeix, cuyo importe es de 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado.

La competencia del autor en estos asuntos, el gran carácter del primer apóstol de la libertad de conciencia, mártir de todas las tiranías, religiosa, científica y política, y la oportunidad de estar preparando el mundo intelectual para celebrar el centenario de su nacimiento, hacen el libro recomendable al público español.

Los que quieran recibirlo el mismo día que se ponga á la venta, pueden entenderse directamente con la casa editorial.

Anatole France en Buenos Aires

Los clericales, que en todas partes son los mismos, no podían en la Argentina dejar pasar esta admirable ocasión de hacer ver que aún existen. Porque hay que confesar que aún existen... En esta época en que la ignorancia ya no es una obligación aristocrática, todavía parece que fuera una obligación católica... Aunque tal vez no sea ig-

norancia sino hipocresía, á menos que sea hipocresía ó ignorancia combinadas... En todo caso, hay que saber que apenas se anunció en Buenos Aires la llegada del más ilustre escritor francés, las beatas y los beatos se pusieron pálidos. ¡Ese hombre, que no cree en la santidad de Juana de Arco ni en la virtud de los jesuitas, ese hombre que ataca á los jueces, que se ríe de las religiones, que defiende á los judíos!... ¡Ave María Purísima!... Y en cuanto se supo que iba á hablar de Rabelais, el escándalo clerical creció. ¡Hablar de Rabelais delante de las señoras!... ¡Hablar de aquel fraile endiablado y admirable!... La cruzada era de rigor...

La Prensa sensata, claro está, habló de Anatole France y de Rabelais con respeto y simpatía. «No hay por qué escandalizarse», dijo á las gentes beatas. Pero las gentes beatas no se dejaron convencer, é hicieron bien, pues realmente sí hay, en cuanto se habla de Rabelais, de qué escandalizarse á ellas. ¿No fué Rabelais un espíritu libre, enemigo de todos los fanatismos y de toda la gazmonería? ¿No fué uno de los que salvaron á Europa de la tiranía moral de la Edad Media?... Pues entonces, ¿cómo no odiarlo?

El mismo Anatole France, en un estudio publicado hace años, y que puede considerarse como el boceto de las conferencias que actualmente hace en Buenos Aires, ha trazado de su autor favorito un retrato delicioso. «Rabelais—dice—era un hombre bueno, que detestaba á los hipócritas, á los beatos y á los demás que se ponen careta de santidad para engañar al mundo. El fanatismo y la violencia horrorizaban á su riante, libre y amplia naturaleza. Por eso también fué excelente. Como la hermana del rey, esa buena Margarita de Navarra, no se pasó nunca al partido de los verdugos, cuidándose bien, entre tanto, de permanecer en el de los mártires. Mantuvo sus opiniones hasta el fuego exclusivamente, considerando de antemano, con Montaigne, que morir por una idea es poner precio demasiado alto á las conjeturas. Lejos de censurarlo, más bien lo alabaré. Es preciso dejar el martirio para los que, no sabiendo dudar, tienen en su misma sencillez la excusa de su obstinación. Como el Sereno de M. Jules Lemaitre, nos choca que haya hombres tan seguros de ciertas cosas, cuando uno mismo ha buscado tanto sin encontrar, y cuando finalmente se atiene uno á la duda. Los mártires carecen de ironía, y es ese un defecto imperdonable, pues sin ironía el mundo sería como un bosque sin pájaros; la ironía es la alegría de la reflexión y el júbilo de la cordura. ¿Qué más os diré? Acusaría á los mártires de algún fanatismo; sospecho entre ellos y los verdugos cierto parentesco natural, y me figuro que se convierten de buena gana en verdugos, en cuanto son los más fuertes. Sin duda me equivoco. No obstante, la historia me da la razón. Me muestra á Calvino entre las hogueras que le preparan y las que él mismo enciende; me muestra á Henry Edienne escapado á duras penas de los verdugos de la Sorbona, y denunciándoles á Rabelais como digno de todos los suplicios. ¿Y por qué se hubiera entregado Rabelais á los «diables engigponnés»? No tenía una fe de la cual hubiera podido dar testimonio en las llamas. No era ni protestante ni católico, y si le hubieran quemado en Ginebra ó en París hubiera sido por una enojosa mala inteligencia. En el fondo, Rabelais no era ni un teólogo ni un filósofo, no tenía conciencia de ninguna de las hermosas ideas que después le han encontrado. Tenía el celo sublime de la ciencia, y con tal de estudiar á su gusto la medicina, la botánica, la cosmografía, el griego y el hebreo, estaba satisfecho, alababa á Dios y no odiaba á nadie, fuera de los «diables engigponnés». Este ardor de conocer inflamaba entonces á los más nobles espíritus. Los tesoros de las letras antiguas, exhumados del polvo de los claustros salían de nuevo á luz, ilustrados por sabios editores, multiplicados bajo las prensas de impresores de Venecia, de Basilea y de Lyon. Rabelais publicó, por su parte, algunos manuscritos griegos. Como sus contemporáneos, admiraba confusamente todas las obras de los antiguos. Su cabeza era un granero donde se amontonaban Virgilio, Luciano, Teofrasto, Dioscórides, la alta y la baja antigüedad. Pero era sobre todo médico, médico errante y autor de almanaques. El «Gargantúa» y el «Pantagruel» no ocuparon en su vida más lugar que el «Quijote» en la de Cervantes, y el buen Rabelais hizo su obra maestra sin saberlo, que es generalmente la manera de hacer obras maestras. No se necesita para ello sino un hermoso genio, y la premeditación no es de ningún modo necesaria. Ahora, que hay una literatura y costumbres literarias, vivimos para escribir, cuando no escribimos para vivir. Nos tomamos mucho trabajo, y mientras nos esforzamos por «hacer bien», la gracia se nos escapa con la naturalidad. Sin embargo, la mayor probabilidad que haya de hacer una obra maestra (y confieso que es pequeña) es no prepararse para ella, carecer de vanidad literaria y escribir para las musas y para sí mismo. Rabelais hizo candidamente uno de los más grandes libros del mundo.»

Tal es el ídolo de nuestro buen maestro. ¿Cómo, pues, no han de odiarlo los clericales, los beatos y los demás que «se ponen careta de santidad»?

En vano Anatole France dirá antes de co-

menzar sus conferencias lo que me dijo á mí cuando fui, en nombre de «La Nación», á pedirle algunos detalles sobre su próximo viaje. En vano dirá: «Hasta las niñas más puras, hasta los cristianos más sinceros pueden oír mis discursos sin sentirse ofendidos en su pudor ó en su fe.» En vano la Prensa sería hablará del respeto que se debe á quien es hoy el más alto representante de la cultura europea. Para los clericales no hay razones que alicen á su sinrazón. Pero, por fortuna, Buenos Aires es una formidable metrópoli de la vida moderna, en la cual hay, tanto como en París y tanto como en Roma, elementos bastantes para anular las cábalas de sacristía.

E. GÓMEZ CARRILLO

Demagogia

«He visto tantas veces convertida la religión del amor en un vehículo del odio, los báculos pastorales en garros de punta retorcida, las ocasiones de amonestación en actos de censura, los motivos de discusión en motivos de entredicho, las observaciones filosóficas en condenaciones de herejía, que, francamente, quisiera que las frentes tocadas por el sagrado aceite de las olivas estuviesen antes un poco, ya que no un mucho, ungidas por el óleo santo de la inteligencia.»

«He caminado á veces por despoblados, custodiado sólo por algún exbandolero que se libertó de la pena de muerte por una dichosa eventualidad, y he creído llevar más segura la vida y la bolsa que si hubiese ido resguardado por alguno de los jueces que lo sentenciaron á muerte.»

¿De quién serán esos dos pensamientos demagógicos?, se preguntarán los conservadores que los lean, añadiendo: «Quien quejara que sea, merece ser encerrado en prisión por toda su vida, y aun no se cometería injusticia alguna llevándolo al palo.»

—¿Con que al palo, eh? No puede ser, porque, desgraciadamente, ha muerto. Pero ya os guardaréis bien de llevarlo, si viviera. Era de los vuestros, y se llamaba Ramón de Campoamor. Verdad es que, aun siendo de los vuestros, no se parecía á vosotros: era bueno, noble, y sentía, pensaba y practicaba.

Extrañeza

Se ha logrado recuperar un retablo que había sido robado á las monjitas del asilo nocturno, en Barcelona.

Siempre que escribo la palabra robo tratándose de quienes hacen voto de pobreza, me entran unas vacilaciones... En fin, robado y recuperado, está ya en el convento para que los devotos puedan admirarlo.

De los ladrones nada se dice, y eso que el retablo fué descubierto por la policía en una casa particular, cosa que no deja de ser extraña, y que me hace sospechar de si tratará de evita se que se sepa quiénes son, porque no padezca la santa religión de nuestros mayores.

¡Ha ocurrido esto tantas veces!...

Un escritor francés poco estimado en España, Jorge Courteline, se ha metido fraile. Reblandecimiento cerebral ó medular, deseo de notoriedad ó de descansar, sino es broma regocjada.

Boda por sorpresa

En el Sagrario, de Málaga, hubo una entre un joven empleado y una señorita.

En cuanto recibieron la bendición del sacerdote, se fugaron los dos.

Hay quien se atreve á ciertas cosas, perdiendo el miedo por la gran necesidad que de ellas tiene, pero se marcha en seguida haciendo ¡fú!, como esos jóvenes esposos.

CARTAS

Y

DEDICATORIAS

FOR

JOSÉ NAKENS

Tres pesetas

A los suscriptores directos de El MOTIN se les dará á dos pesetas.

El importe en libranzas del Giro Mutuo, de la Prensa, letras, ó sellos de Correos.

SECCIÓN AMENA

EL MILAGRO DEL SANTO

El mes de Abril transcurría sin que cayera una gota de agua en toda la comarca. El cielo mostrábase invariable un día y otro día, una semana y otra semana, azul, sereno, sin que la más tenue nubecilla apareciera en el horizonte como precursora de la fecundante lluvia que imperiosamente reclamaban los campos sedientos, resquebrajados por la sequedad, y los tiernos brotes de las plantas, próximos á agostarse abrasados por los prematuros calores, que, más que de primavera, parecían de anticipado estío.

El temor fundadísimo de que con tan pertinaz sequía estaba aparejada la pérdida de la cosecha, preocupaba mucho á todos los habitantes de Villazoquete, que, como labradores y agricultores que eran, no tenían más elementos de vida que la recolección de granos, legumbres, hortalizas y frutas, que constituían su única riqueza. Además, el hambre atormentaba á las clases jornaleras.

Por aquellas cercanías no pasaba un río ni un cauce de agua que pudiera aprovecharse para el riego. La comarca adolecía del defecto capital de que generalmente adolecen casi todas las regiones agrícolas de España: faltar á la bondad de la Providencia lo que debía estar previsto por el buen sentido de los hombres.

Para tomar algún acuerdo, reuniéronse en sesión solemne el cura, el alcalde y cuatro ó seis mayores contribuyentes.

Como el objeto era hacer que lloviera, discutieron largamente los medios que habían de emplearse para conseguirlo. La cosa no era fácil de lograr por los medios comunes al alcance de aquellas gentes. ¿Cómo conseguir que de aquel cielo límpido y transparente de día, obscuro y bordado de estrellas de noche, descendiera de pronto la lluvia benéfica que todos deseaban? Y como la Providencia se mostraba en aquella ocasión, como en otras tantas, contraria, los labradores de Villazoquete estaban consternados.

No había más que un recurso, que fué el propuesto por el cura. Hacer rogativas, sacar en procesión solemne las santas imágenes de la iglesia, una tras otra, todos los días, hasta conmover á la Providencia y aplacarla, si por acaso estuviese ofendida con los villazoquetanos. Así se acordó por unanimidad.

Al día siguiente organizóse la piadosa ceremonia y se sacó en procesión la imagen del Santísimo Cristo crucificado. No hay que hablar de la fe y la esperanza con que al acto asistieron aquellos inocentes campesinos. La solemnidad religiosa no dió resultado. El cielo amaneció con su pertinaz limpieza.

Al otro día se sacó la efigie de la venerabilísima Virgen madre. Idéntico resultado: la Providencia no se apiadaba, el cielo seguía azul.

En los días sucesivos se sacaron periódicamente todas las imágenes de santos y santas que había en la Iglesia. Nada. Como si no. Seguía sin llover. Y ya para el señor cura no era esto lo peor, pues él no tenía sembrados, sino que se iba á perder la fe de los feligreses, que era su única propiedad. El caso era apuradísimo para todos.

Una tarde, ya aburridos y desesperados, el cura y el alcalde paseaban por la nave de la iglesia, conculándose del mal resultado de las rogativas. —Estos santos no valen para nada, señor cura—decía el alcalde.—¿Cómo lo arreglaremos?—preguntaba el párroco.

De pronto el monterilla vió que allí, en un rincón, olvidada, sucia, descascarillada la pintura y casi cubierta de telarañas, estaba tirada la imagen de un santo desconocido. Tuvo una corazonada y exclamó: —¡Saquémosle ese santo, señor cura!—¡Saquémosle! Y se anunció al pueblo que al otro día sacaría en procesión al santo desconocido descubierta por el señor alcalde.

En el acto se limpió la imagen, le dió cuatro brochazos el pintor del pueblo para ponerla presentable, y se organizó la fiesta. —¿Quién sabe—se decía el alcalde—si este santo, olvidado de todos, en agradecimiento á mí hará el milagro?

Amaneció el día siguiente, y ¡oh prodigio!, una nube grande y cenicienta apareció en el horizonte, empujada rápidamente por el aire hacia el pueblo. —¡Aprovechemos la ocasión!—gritaron á dúo el cura y el alcalde alborozados.

Cuando el nuevo santo, llevado en andas, y seguido por todos los habitantes de Villazoquete salía á las afueras, la nube se estaba ya cerniendo sobre los campos casi agostados. Siguió la procesión adelante y empezaron á caer grandes gotas de agua. —¡Milagro! ¡Milagro!—clamaron todos. —¡Viva el santo! ¡Viva el señor alcalde! Este no cabía en sí de gozo. La lluvia arreciaba. El entusiasmo de las gentes y los vivos seguían en progresión creciente, como la lluvia.

De pronto un trueno retumbante y un relámpago deslumbrador, dejaron á todos aturridos. La nube bienhechora, atraída por la intercesión del santo, empezó á arrojar tan formidable turbión de piedra, que descalabró á un centenar de devotos, y en un momento destruyó los brotes de los árboles y las hortalizas, removiendo de tal modo la tierra y los sembrados que, convertidos en un inmenso barrizal, quedó irremisiblemente perdida la cosecha. La procesión retornó al galope al pueblo bajo aquella horrible pedrea de granizo.

El cura iba desolado y renegando de todos los santos habidos y por haber. El alcalde se puso á la puerta de la iglesia, y cuando entraron al santo se encará con él, diciéndole con acento dramático:

—Entra, entra, que cuando te vuelvan á sacar, ya te habrán salido telarañas en... las narices.

J. C.

CONFITEOR

—Padre, ¿puede confesarme?

—¿Eres tú, hermosa?

—Sí, Amparo.

—¿Cómo tan de mañana?

—Padre Antón, un desengaño

hace que acuda á la iglesia

á buscar para mí llanto

en la santa religión

el consuelo deseado.

—Muy bien, hijita, muy bien.

—¡Ay, padre, si sufro tanto!

—¿Tú sufres, hermosa mía?

—¡Malo, malo, malo, malo!

—¿Qué te sucede? Confiesa

sin remilgo ni reparos,

que yo prestaré esperanza

á tu corazón, en tanto

Dios te presenta el camino

que deben seguir tus pasos.

—Yo tengo novio.

—¡Mecachis!

Me lo había figurado.

—Y es moreno, padre mío...

—¡Si viera usted qué simpático!

—¡Por Dios, niña, que nos oyen!

Mas bájelo, hijita, más bajo.

—Me habla con arrebamiento,

está loco, enamorado,

me dice cosas... ¡qué cosas!

que suenan igual que cantos

y hace que eieve mi alma

más allá de los espacios...

—Pero ¡por Dios, Amparito!

—¿Qué lenguaje! ¡Qué sarcasmo!

No sigas por tal terreno.

—¡Ay, padre! ¡Le quiero tanto!

—Si vieses cuando me mira

como usted me está mirando!

—Baja un poquito la voz.

—Es que sin querer me exalto.

—Lo mismo que yo, hija mía...

(Digo, no, me he equivocado...)

—Usted verá; la otra tarde

salí de casa á las cuatro

con un pretexto cualquiera...

En fin, bien, se me ha olvidado.

—Deja la paja, chiquilla,

y vamos derecho al grano.

—Nos vimos.

—Cosa corriente.

—¿Y después?

—Nos internamos

hala, hala...

—Bien, entendido.

—¿Qué pasó?

—Me da reparo,

porque una es así, tan joven,

que á lo mejor causa espanto

pronunciar ciertas palabras

que brotan de nuestros labios.

—Yo te ayudaré. Adelante.

—¿Hubo... besos?

—Y hasta abrazos.

—¿Y...

—¡Ay, padre, qué tarde aquélla!

—¡Por San Dimas, habla bajo!

—¿Comprende mi situación?

—La comprendo y me hago cargo.

—Pues entonces, con franqueza;

usté allí, puesto en mi caso,

¿no hubiese hecho igual que yo?

—¡No, hija mía; lo contrario...

J. ENRIQUE DOTRES

Cuento que no es cuento

Los mosquitos.

No dejaban vivir materialmente á los pobres jesuitas del colegio de Murcia.

No se sabía por dónde entraban los demonios de los bichitos aquellos, pero en llegando la noche ya estaban tocando el clarín guerrero y lanzándose á beber la sangre de los siervos de Dios.

Era imposible pegar los ojos, y lo que no hacían ó li chaban los aguijones de los malditos, lo hacían las uñas de los propios interesados rascando á más y mejor en caras, narices y pescuezos.

Al fin hubo que tomar una resolución enérgica y se tomó. Unos blancos y bienhechores mosquiteros de tul cubrieron las camas, y los mosquitos no se pudieron acercar ni á media vara de los rostros y manos de los hijos de Loyola.

Pero, amigo, llegó el P. Provincial, riguroso y austero como él solo, y dijo que los mosquiteros aquellos eran cosa indigna de religiosos, y que, por lo tanto, había que quitarlos antes y con antes. No hay que decir el terror que cundió en las filas religiosas, no tan sumisas como algunos se figuran.

Si hubo acuerdo previo ó no lo hubo, averigüelo Vargas, pero aquella noche todos los padres y hermanos, llevando palmatorias con velas encendidas fueron á acompañar hasta su cuarto al P. Provincial, entraron en la habitación cuya ventana estaba abierta de par en par, entretuvieron allí largo rato, desearon muy buena noche al reverendo y se retiraron bonitamente.

Y, señores, á la mañana siguiente, la cara del Provincial no era cara, era una pelota roja con bonete. Los mosquitos habían tenido una orgía sardanapalesca.

Se ignora si pensó el infeliz en lo de las palmatorias, pero consta que con voz estentórea gritó: «Que pongan los mosquiteros hoy mismo y uno bueno en mi cama.»

De lo cual deduce cualquiera que los súbditos jesuitas no son modelo de respeto y los superiores no han nacido para mártires, ni mucho menos.

(FOLLETÓN 26.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

todo lo hecho por el general Weyler, esto es, en poner en solfa á éste, les hizo tomar á los reconcentrados un cariño sensacional, un cariño principalmente fotográfico; y había periódico de aquellos que no se contentaba en cada número con menos de media docena de espejuznantes fotograbados, acompañados, como es de suponer, de descripciones y detalles verdaderamente horripilantes.

Estas cosas las dejaba pasar el nuevo gran chambelán en la idea, probablemente, de que había de hacer buen efecto el contraste de la política actual con la anterior; y eso habría sido así, después de haber puesto remedio á tanta lástima y desdicha; mas, cuando aún seguían éstas, hacer ver á los americanos y al mundo entero lo que no se había mostrado en tiempo del autor é implantador de tan radical recurso ó expediente, no podía conducir más que á mantener viva la antipatía ú odiosidad contra tales horrores y contra la dominación española que los había creado ó consentido. De modo que el bueno del general Blanco iba fracasando por partida doble ó triple, iba fracasando por todos lados, y era de temer que cualquier mal paso, aunque no fuese de mucha gravedad, de parte de los españoles, encandilase todavía más la enemiga de los americanos contrarios á

España y trajese, sin posibilidad de evitarse, la ruptura; que fué lo que efectivamente ocurrió, como vamos á ver en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIV

DONDE SE VERÁ CÓMO LOS SEÑORES DEL REINO SE LIARON FATUA Y JOCOSAMENTE LA MANTA Á LA CABEZA.

Pocos días después de los sucesos de Enero, los americanos favorecedores á todo trance de la causa rebelde, lograron que el *Maine*, crucero blindado que desde mediados de Diciembre se hallaba apostado en Cayo Hueso, fuese, al fin, enviado al puerto de la Habana. Y á los pocos días, también, de esto, el Sr. Dupuy de Lome, el inverosímil diplomático representante de España en Washington, vino á crear á su país un gran conflicto, debido á la extremada afición, que ya hemos dicho que tenía, á escribir á máquina cartas á todo bicho viviente, siendo el bicho esta vez el Sr. Canalejas, exministro liberal, que había ido á Cuba para ver por sus propios ojos cómo funcionaba la autonomía, aunque, para que viese igualmente cómo lo hacía el Mañiser, un general amigo lo llevó á presenciar un tiroteo con los rebeldes. (Afortunadamente la batalla no parece que fuera muy reñida, y no hubo que lamentar muchas desgracias.)

Fué el caso, pues, que el ministro plenipotenciario escribió al exministro de la Corona una carta que, echada al correo, cayó en manos del ministro de Estado americano; y, como en ella el representante español encargado de representar como

tal un papel decididamente autonomista, tomaba la autonomía á chacota y por añadidura insultaba y aun calumniaba al presidente McKinley, no habrá que decir que en todo el país americano se armó la gran película.

Ahora bien; ¿qué harías tú, lector querido, si un criado ó dependiente subalterno tuyo, enviado por ti á casa extraña, es sorprendido ofendiendo, injuriando, sin ton ni son al amo de ella? Podrías hacer varias cosas, mas la que no omitirás nunca, seguramente, será dar excusas al injuriado. Y si la persona que enviaste y ha hecho el desaguisado, en vez de dependiente, más ó menos subalterno, fuese un apoderado, un representante, en toda regla, tuyo, ¿no darías con mayor razón toda clase de excusas y pedirías toda suerte de perdones? ¿Sí? Pues, seas quien seas, así seas modesto aguador ú honrado ciudadano así, corre y ve á encargarte de la cartera de Estado ó de la Presidencia del Consejo de Ministros en la Monarquía española, porque allí, por lo visto, los señores del reino ignoran esto. Cuando menos el gobierno que había entonces creyó que, con admitir al Sr. Dupuy la dimisión que tan espontáneamente hizo, esto es, con permitir que el dactilógrafo se fuese con la máquina á otra parte, ya debían quedar contentos los americanos, y se negó á dar por su parte la menor explicación ni excusa. Fué lo mismo que si tú, lector, dijese, en el caso supuesto, al amo de la casa: «mi dependiente, ó mi apoderado, en cuanto se despotricó con usted, se apresuró á retirarse. ¿Qué más puede usted pedir? ¡Dé usted gracias de que no le despachara las narices! ¡Si serán guasones, por

no decir «si serán poco galantes», los señores de aquel reino!

Tan incomprensible proceder de los gobernantes españoles irritó sobremanera á los americanos y dió lugar á que aquel Congreso adoptase, asumiéndose ostensiblemente una actitud agresiva pidiendo al presidente McKinley un informe completo sobre el «fracaso», así decían, de España, tanto en lo que se refería á las promesas de socorro á los reconcentrados como en la aplicación práctica del plan de autonomía. Y esperando estaba de un momento á otro el Congreso americano el mencionado informe, cuando de pronto, oyese una terrible explosión, un ruido espantoso que vino á resonar en todo el mundo, y mucho más que en ninguna otra parte de él en los Estados Unidos. Era el *Maine*, que había volado en el puerto de la Habana tan inoportunamente para las buenas relaciones entre ambos países, como al dactilógrafo imprudente se le había ocurrido abrir y desahogar su pecho por escrito con el Sr. Canalejas.

Aun así, cualquiera creería que los señores del reino, los gobernantes españoles, pondrían los cinco sentidos en la cuestión y situación que la voladura del crucero americano creaba, para pilotear hábilmente á través de ellas la nave del Estado. Pero, ¡quía! En los mismos Estados Unidos las personas de más competencia y autoridad en sucesos como el de que se trata, se mantenían, como el gobierno de aquel país, en una prudente reserva; y aun varias de ellas, quizás con mejor intención que franqueza, adelantaban ó apuntaban la creencia de que la catástrofe sería debida á un accidente ca-

ANDANDO POR MADRID

El Catastro.

Tal vez parezca el asunto fuera del molde de esta sección. «El Catastro afecta á España entera, no sólo á Madrid», se me dirá. Es exacto; pero en cuarenta crónicas acerca de Madrid he tenido tiempo de cansar á mis lectores. Por otra parte, el artículo publicado por Juan de Aragón en la *Correspondencia* el lunes 21 de Junio, titulado *El Aduar de Madrid*, hace resumen magistral de cuanto ocurre y llevo dicho; puede, por tanto, servir de punto por ahora, y dedicar yo unos números á asunto de mayor transcendencia.

Otras razones me mueven. El día 1.º tomarán posesión los nuevos concejales; debo dejarles tiempo para que *hagan algo*. También en Julio empieza el verano, y justo es que el cronista *veranee*, cambiando los aires mezquinos, rutinarios é inficionados del Municipio Matritense por otros cuyas condiciones me son desconocidas.

Y dicho esto entremos en materia. ¿Que es el Catastro? Para que no se nos tache de parciales, para que se vea claramente que nuestra intención no es pre-juzgar; sino analizar, no damos definición alguna; copiamos literalmente el pliego de condiciones presentado, que es como sigue: (1)

«Artículo 1.º La Sociedad del catastro español se obliga á ejecutar el catastro de España, incluso el del subsuelo minero que se encuentra en explotación, pues en el caso de que no haya trabajos, sólo cabe la verificación del canon de superficie, con arreglo á las condiciones facultativas que se acompañan al presente contrato y en un plazo máximo de doce años, á partir de la fecha en que las Cortes hayan aprobado el presente convenio y votado la ley catastral.

Art. 2.º El precio de este trabajo se fija en nueve pesetas por hectárea catastrada y entregada á la conservación.

Art. 3.º El pago se efectuará en papel de una emisión especial creada al efecto, cuyo interés y garantía serán los mismos que los de la Deuda interior y cuya entrega se hará semestralmente y amortizable en el plazo que se convenga.

Art. 4.º El Gobierno se obliga á conceder la autorización correspondiente para entrar al servicio de la Sociedad á los oficiales de Ingenieros, Artillería, Estado Mayor del Ejército y Cuerpos facultativos de la Armada que lo soliciten, así como también á los Ingenieros de minas, caminos, montes, arquitectos y agrónomos cuyos servicios sean utilizados por la Sociedad, la cual se obliga á aceptar á su servicio al Cuerpo de Geógrafos, así como también al de Ingenieros Agrónomos y geodestas en su totalidad; bien entendido que á todos les será computado el tiempo que permanezcan al servicio de la misma para sus derechos pasivos, exactamente como si siguiesen prestando sus servicios al Estado.

El Gobierno dará la orden al Instituto Geográfico y al Ministerio de Hacienda para entregar á la Sociedad catastral de España todos los trabajos que obran en sus archivos y tengan relación con el catastro, así como también los instrumentos de que dispongan, de los que responderá la Sociedad, la cual al terminar los trabajos queda obligada á entregar á dicho Instituto todo el material é instrumentos que existen en su poder.

Art. 5.º El Gobierno se obliga á que por el Ministerio de la Guerra se facilite á la Sociedad el número de soldados que sean necesarios para sus trabajos, á medida que los necesite y en las provincias en que se efectúen.

La Sociedad pagará el jornal á estos soldados, los cuales estarán siempre á disposición del Gobierno para maniobras, guerra, etcétera; en el bien entendido que la Sociedad no les abonará su jornal desde el momento en que sean bajas en los trabajos hasta su nueva incorporación.

Art. 6.º El Gobierno propondrá á las Cortes el proyecto de ley declarando los trabajos catastrales de utilidad general y conveniencia pública, con el objeto de que los empleados de la Sociedad en el desempeño de sus funciones, no sólo sean respetados por todos, sino también eficazmente auxiliados por las autoridades civiles, judiciales y militares á fin de que los trabajos catastrales no sufran retraso por la oposición que los propietarios pudieran hacer á que penetrasen en sus fincas.

Art. 7.º Asimismo, y para evitar que por morosidad ó mala fe de los propietarios pudieran interrumpirse tan importantes trabajos, el Gobierno propondrá á las Cortes una ley de deslinde que comprenderá los artículos siguientes:

(1) Nos vemos obligados á dar á este trabajo más extensión de la que quisiéramos, pero es indispensable. Di cutir sin base es plañería, charla ó murmuración; nunca razonar. Quien lee extractos que no entiende es como si no leyera, y quien no tiene aplicación al estudio razonado y ve un artículo de tres columnas, lo salta. Ni para unos ni para otros escribimos. Los propietarios grandes ó chicos, los profesionales, los interesados de bien por el progreso general ó por el interés particular, escriben de la controversia podrá brotar la luz como del choque de pedernal y el acero brota la chispa; y to o lo merece un asunto de cuya acertada solución depende el porvenir económico de España.

1.º Los propietarios quedan obligados á respetar y conservar las señales, piquetes y mojones que por los empleados de la Sociedad se establezcan para fijar el deslinde de las parcelas.

2.º Asimismo quedan obligados á concurrir por sí ó por apoderados, dentro precisamente del tercer día de la citación, al juzgado municipal correspondiente para firmar su conformidad con las actas catastrales de las propiedades que les pertenezcan, cuyas actas catastrales comprenderán los planos topográficos y parcelarios, extensión superficial, clasificación y tasación ó valoración de las fincas.

3.º Si algún propietario no estuviese conforme con el resultado del acta catastral que á su propiedad se refiera, hará sus observaciones, y caso de ser fundadas, se procederá á una rectificación á su presencia y la de los testigos nombrados por el juez municipal. En el caso de que de la rectificación resultase error, se levantará ó extenderá el acta catastral, corrigiendo el dato erróneo, que firmará el interesado ante el juez municipal y testigos, siendo en este caso los gastos originados por la verificación de cuenta de la Sociedad; mas en el caso de que no resultase probado el error, los gastos de la verificación serán de cuenta del propietario.

4.º Todo propietario que dentro del tercer día no se hubiese presentado ó hecho representar en el juzgado municipal para manifestar su conformidad con el acta catastral, se entenderá de hecho que la presta, y en este caso dicho documento será firmado por el juez municipal.

Art. 8.º El Gobierno presentará á las Cortes los correspondientes proyectos de ley modificando ó reformando las hipotecarias y notariado tan luego como empiecen los trabajos catastrales, á fin de que á medida que se le vayan entregando los distritos judiciales completamente catastrados, pueda no sólo realizar su conservación sencilla y económicamente, sino también desarrollar en él la riqueza y crédito territorial.

Art. 9.º El plazo de doce años fijado para la construcción del catastro en España, no podrá ser prolongado más que en caso de fuerza mayor y particularmente en caso de movilización del ejército español por guerra, insurrecciones, epidemia ó calamidades públicas.

A continuación presenta el Sr. Villar un estado demostrativo de las ventajas que para el Tesoro ha de reportar en el orden económico, y que es el siguiente:

INGRESO EFECTIVO PARA EL TESORO

AÑOS	Economía anual.	Aumento de ingresos por aumento de capacidad contributiva.	Total ingresos.
1.º	13.000.000	5.000.000	18.000.000
2.º	13.000.000	10.000.000	23.000.000
3.º	13.000.000	15.000.000	28.000.000
4.º	13.000.000	20.000.000	33.000.000
5.º	13.000.000	25.000.000	38.000.000
6.º	13.000.000	30.000.000	43.000.000
7.º	13.000.000	35.000.000	48.000.000
8.º	13.000.000	40.000.000	53.000.000
9.º	13.000.000	45.000.000	58.000.000
10.º	13.000.000	45.000.000	58.000.000
SUMA...		355.000.000	

PAGOS DEL TESORO

AÑOS	En papel.	Por intereses.	Por amortización.	Total metálico.
1.º	45.000.000	2.250.000	10.000.000	12.250.000
2.º	45.000.000	4.500.000	10.000.000	14.500.000
3.º	45.000.000	6.750.000	10.000.000	16.750.000
4.º	45.000.000	9.000.000	10.000.000	19.000.000
5.º	45.000.000	11.250.000	10.000.000	21.250.000
6.º	45.000.000	13.500.000	10.000.000	23.500.000
7.º	45.000.000	15.750.000	10.000.000	25.750.000
8.º	45.000.000	18.000.000	10.000.000	28.000.000
9.º	45.000.000	20.250.000	10.000.000	30.250.000
10.º	45.000.000	20.250.000	10.000.000	30.250.000
SUMA...		191.250.000		

Por el presente estado se ve que hay una diferencia á favor del Estado de 183.750.000 pesetas.

Siguen á esto multitud de condiciones facultativas, innecesarias para nuestro estudio; por tanto podemos indicar la tramitación seguida, que será objeto del siguiente artículo.

JUAN PÉREZ

ECOS DE LAS PRISIONES

Me dice una persona que desgraciadamente sabe por experiencia propia lo que ocurre en Penales:

«La idea de publicar los nombres de los penados que se dirijan á usted, es excelente. Sin embargo, hay que estar alerta, porque los empleados de Prisiones son maestros en ciertas artes y muy capaces de confabularse con algunos penados miserables que manden á usted noticias falsas, para que después venga la rectificación, y con ella los comentarios consiguientes en los periódicos de su devoción. Hay que tener mucha vista para luchar con esta gente.»

Agradezco mucho la advertencia; pero ya tenía yo descontada la contingencia esa. Aunque no completamente, conozco también un poquito á los empleados de Penales, y sé que son capaces de todo para mantener incólume la santa tradición en cárceles y presidios.

Andaré con cuidado, como andarán ellos también en lo de inventar sucesos; no soplan para esos señores vientos tan bonancibles, que puedan jugar con fuego. Y en último caso, no faltará en cada Penal un hombre de corazón que ponga la verdad en su punto.

Siga, pues, su curso la procesión.

No puede ser verdad que el subjefe de la cárcel de Guadalajara, director interino, saque los presos que cumplen condena á trabajar en el campo; pero si lo hiciera, ¿qué?; estará autorizado por la Dirección general, ó le dará la real gana de disponerlo.

¿Que ha habido preso, como un tal Molina, que durante tres días ha estado sin comer y sin tener dónde dormir? No lo creo; pero suponiendo que hubiera ocurrido, no se le habrá roto ningún hueso por tal causa. Succí se pasaba treinta días sin comer, y tan campante. Y hay enfermos que se pasan sin dormir muchos días, y no por esto se mueren.

La dirección general de Prisiones, dirigida por los que dirigen al director general señor Rendueles, ordenó en Diciembre último que desde 1.º de Enero se enterrase en ataud á todos los penados que falleciesen en la Colonia de Ceuta.

Y ha sido tan bien cumplida la orden, que todos los fallecidos desde entonces han sido enterrados como antes de dictarse.

Se conoce que reservan las 15 pesetas que cuesta cada ataud para emplearlas, no en vanidades mundanas, sino en sufragios por las almas de los muertos, que bien los habrán de menester.

Se calcula que han muerto desde Enero acá unos cuarenta penados, que á 15 pesetas de sufragios, importan 600.

Y menos da una piedra.

Lo que me extraña es el silencio de los difuntos. Temerán, si hablan, que les den una paliza y los amarren después en blanca. El gato escaldado...

Existen en Ceuta más de 300 penados que para disfrutar de pase renunciaron á tomar el pan, el rancho y la ropa que les correspondiese, y á abonar además 0,45 pesetas mensuales para sufragar los gastos de asistencia de enfermería, en el caso de que alguno fuese á ella.

Me parece muy justa la medida: el que recibe un servicio debe corresponder en cualquier forma. ¿Quiéren libertad? Pues que la paguen. ¿No se pagó siempre el rescate de los cautivos?

¿Que hace año y medio se estableció ese impuesto, y solamente los 45 céntimos de enfermería, importan 2.250 pesetas? Mayor fuera la suma recaudada, si en vez de 45, hubieran exigido 100.

¿Que no se sabe á donde va á parar ese dinero? Vaya á donde fuere, siempre estará mejor que en mano de los penados, que seguramente se lo gastarían en vicios.

Todas estas son minucias y chinchorrerías sin importancia, que suplico á la Dirección general de Penales no las tome en cuenta. No tendría tiempo el pobre director ni para contar las 75 pesetas diarias de dietas que se señala cuando sale á hacer como que se entera de lo que ocurre en los Penales, si hiciera caso de esos chismes.

No se me dice si el importe del pan, el rancho y la ropa ahorrados por el pacto es-

tablecido entre el director de la Colonia y los penados, se rebaja de la cantidad que el Estado pasa para la alimentación y vestuario; más yo supongo que sí. ¡Buenos son los empleados altos de Penales para quedarse con un céntimo que no sea suyo! Padece el honor del Cuerpo, y ellos son fanáticos por ese honor.

El que D. Federico Pérez, jefe del de Ceuta, se halle sujeto á expediente por suponerse autor, con otros inmaculados, de barrabasadas en el Economato del Penal de Ocaña, cuando se hallaba á su frente, no destruye lo que he dicho. ¿Quién está libre de una calumnia? Verán ustedes cuando se resuelva el expediente, cómo no resulta cargo alguno contra él.

Es lo que viene ocurriendo en estos casos, y lo que debe ocurrir siempre, aun cuando alguna ligera sombra empañe alguna vez por excepción la límpida pureza del cristal de la honra de algún empleado.

Perteneciendo al Cuerpo los individuos que instruyen los expedientes, y los fallan, ¿iban á contribuir á perjudicar á ningún empleado en su buen nombre y fama? Iban contra ellos mismos. La ropa sucia se lava en casa. Una cosa es la justicia y otra la conservación del garbanzo.

El penado de la Colonia de Ceuta, Jerónimo Domínguez Bastante, encerrado desde el mes de Abril del año 1903 por haber denunciado algunas de las infamias allí cometidas, ejerció de profeta en la última carta que me escribió, al decirme que estaba convencido de que se tiraba á quedarse con él, es decir, á matarlo.

Véase ahora lo que me dice en carta fechada el 30 de Junio:

«A las ocho de la mañana de hoy se presentó en el calabozo en que me hallo amarrado en blanca uno de los barberos de la Colonia, al efecto de hacerme la barba. Ignoro cómo sucedió el hecho; mas lo cierto es que á los primeros tajos me dió una terrible puñalada en el brazo izquierdo que me llegó hasta el hueso, llenándose de pánico todas las personas que se hallaban presentes.

Dice el barbero que el hecho ha sido casual, y yo no pongo en duda tal afirmación; pero ¿hay quien pueda concebir lo ocurrido? Claro es que no habrá medio de probar que haya sido instrumento de los que quieren asesinarle.

Para curarme de primera intención el mismo barbero, hubo que romper una camisa; y desde las ocho, hora en que fui herido, hasta las tres de la tarde, no me fué hecha la verdadera cura. Por si me llevaban á la enfermería, firmé esta carta en blanco. (Aquí la firma).

Nota.—A pesar de la comunicación urgentísima puesta por el dignísimo teniente ayudante D. Manuel Trobos, para que en el acto subiera el médico, ó que se me bajase á la enfermería, no subió hasta las cuatro y cuarto de la tarde, no pudiendo curarme por no haber efectos para ello; pues habiendo pedido una aguja para darme unos puntos, resultó no haberla.

El capitán del regimiento del Serrallo, D. Cayetano González Travesero, le dijo al médico: «Por Dios, ordene usted que bajo este hombre á la enfermería, que ya ve usted en la forma que se halla, contestándole el médico que le era imposible, porque las órdenes que él tenía se referían á visitarme; y que en el acto pondría una comunicación á la autoridad superior de la plaza dándole cuenta del reconocimiento, para que ordenara lo que tuviera por conveniente, y así salvaría él su responsabilidad.

Al preguntarme el médico en qué forma había ocurrido el hecho, y explicárselo, exclamó: «Eso es imposible! Lo mismo que dije yo; como repito ahora que quieren asesinarle, por temor á que diga todo lo que sé acerca de lo que viene ocurriendo en esta Colonia, además de lo que he dicho ya á las autoridades, sin que me hayan hecho caso alguno.»—Jerónimo Domínguez Bastante.

De modo, que aquí tenemos:

Que en Penales se explota á los presos. Que se amarra y encierra al que no se aviene á ser explotado, manteniéndole años enteros en esta situación.

Que las autoridades desoyen sus quejas y reclamaciones.

Que ocurren accidentes sangrientos en una forma que hacen sospechar á quienes los sufren, de si se trata de asesinatos.

Que á los heridos no se les cura á tiempo. Que se carece de los efectos necesarios para curar heridas en unos establecimientos donde con frecuencia se infieren.

Y que la impunidad más absoluta suele garantizar á los autores de estos hechos.

Dejémoslos hoy sentados, pues no hay tiempo ni espacio para más, y ya pondremos los comentarios que reclamamos.

Lo urgente hoy es hacerlos públicos, por si ocurriese lo que el preso Domínguez Bastante recela. Para todo lo demás hay tiempo.